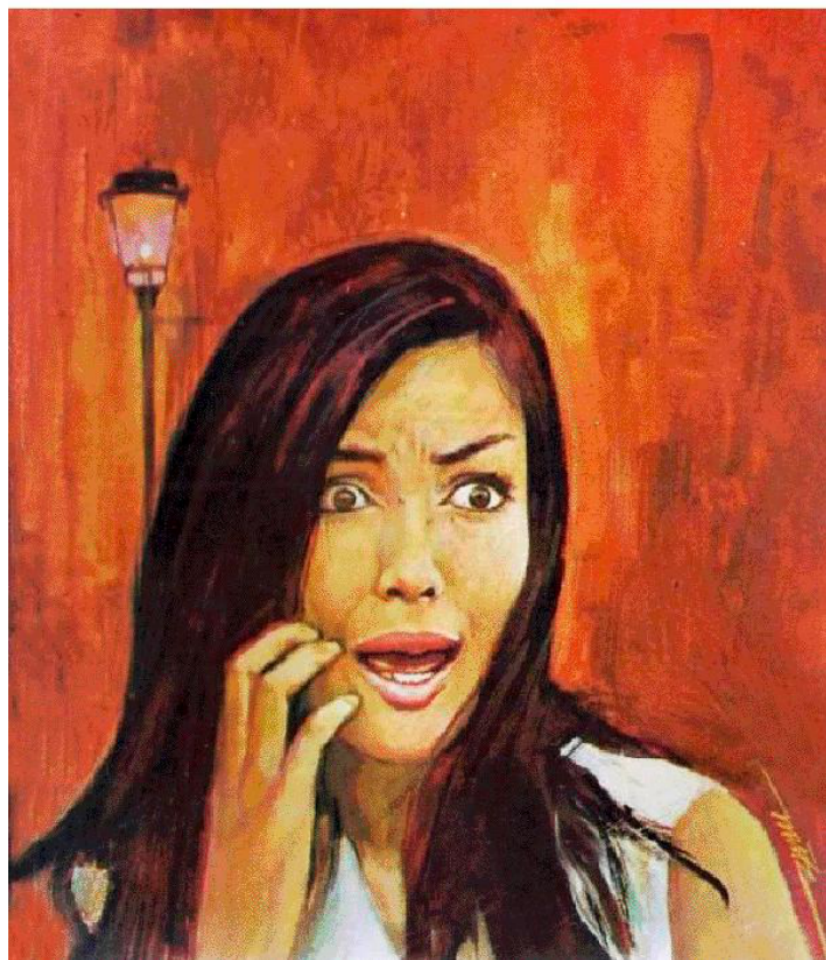




extraños en las sombras

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

BURTON HARE

EXTRAÑOS EN LAS SOMBRAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 659

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 42.027 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1974

© BURTON HARE - 1974

texto

© JORGE NUÑEZ, 1974

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer era grande, rubia, enorme como una montaña. Las guedejas rubias de los cabellos se agitaban cada vez que descargaba su enorme mano sobre él.

Sobre un chiquillo.

Un chiquillo desnudo como un gusano que gimoteaba sin atreverse a gritar su terror.

La pesadilla se repetía una y otra vez, angustiada como el infierno. Todo volvía a agitarse igual que una marea negra que descargara salvaje y furiosa contra el acantilado de su cerebro, resquebrajándolo a cada embate.

Fue tan angustiada que despertó.

Sentado en el lecho, en plena oscuridad, sintió cómo el sudor resbalaba por todo su cuerpo. Un contacto viscoso como las enormes y húmedas manos de la mujerona rubia que le atormentaba sin tregua día tras día, noche tras noche...

Comenzó a vestirse con movimientos instintivos, como si su voluntad no interviniera en absoluto en lo que estaba haciendo. De vez en cuando una leve queja escapaba de sus labios delgados y pálidos.

Algún día acabaría con ella.

Cuando fuera mayor, cuando tuviera fuerzas suficientes para destruirla... ya no le avergonzaría más, no volvería a golpearle de aquel modo metódico, entre gruñidos y sarcasmos...

Nunca más volvería a agitarse bajo aquella mano, sobrecogido de miedo y vergüenza...

La mataría, eso es.

Así podría librarse de la horrible y vergonzosa pesadilla...

Caminó igual que un autómatas hasta la planta baja de la casa, tomó la chaqueta del armario de la entrada y salió al aire cálido de una noche sin luna.

Las calles estaban desiertas. Las manchas oscuras de los jardines oscilaban como fantasmas que vigilaran su paso. alguna de aquellas sombras se le antojaba tan grande como la mujerona rubia...

Anduvo sin rumbo por espacio de casi una hora, por las calles del distrito residencial, entre casas oscuras y silenciosas, pasando dos o tres veces por el mismo lugar sin advertirlo siquiera.

La pesadilla de terror y vergüenza seguía torturándole cuando vio las luces en uno de los *bungalows* rodeados de jardín.

Justo cuando estaba mirándolas, las luces se apagaron.

Un minuto después, un hombre salió de la casa, atravesó el jardín y subiendo a un coche estacionado frente a la entrada se alejó calle abajo, sus luces rojas perdiéndose pronto en la distancia.

Como una sombra furtiva, él se introdujo en el jardín, cauteloso como la sombra de la muerte.

Cliff Farrell se ajustó el cinturón, buscó la corbata, que estaba tirada entre unas finísimas medias color humo y un sujetador que era una suave filigrana de encajes, y comenzó a luchar con el nudo.

Dio un vistazo preocupado a su reloj y soltó un gruñido. Tenía el tiempo condenadamente justo.

Oyó abrirse la puerta del baño a sus espaldas y luego la voz susurrante de la muchacha:

—De modo que va en serio, amor mío...

Se volvió. Sus ojos resbalaron por encima de la dorada piel como si quisieran acariciarla.

—¿Lo de marcharme? Claro que sí... He de tomar ese avión.

—Primero pensé que era sólo una excusa para librar te dé mí.

Cliff se echó a reír.

—Habrán más noches, querida, y ningún avión esperándome. ¿De dónde sacaste la idea de que quería librarme de ti?

—No sé... Tal vez de tu maleta nueva.

—¿Qué le pasa a mi maleta?

—Bueno, la compraste apresuradamente esta tarde. Pensé que preparabas tu coartada para quitarme de tu camino cuando estuvieras harto de mí.

—De ti no se harta uno nunca, primor. Anda, vístete que el tiempo vuela.

Al fin consiguió que el nudo quedara más o menos aceptable.

Estaba buscando la chaqueta cuando ella le pasó los brazos desnudos en torno al cuello y sonriendo le besó.

Bien, fue algo más que un beso aquella especie de erupción volcánica capaz de fundir un bloque de hielo.

Cliff Farrell lo saboreó a fondo. Por un breve instante estuvo tentado de mandar el avión al infierno.

Luego pensó en su cuenta corriente, más bien escuálida, y apartó suavemente a la muchacha.

—Acaba de vestirme, linda, o te quedarás aquí.

—¿No hay nada que yo pueda hacer para que cambies de decisión?

—Nada en absoluto.

La hermosa rubia esbozó un mohín de contrariedad, pero acabó sonriendo, vencida al fin.

El encontró la chaqueta, que estaba hecha un revoltijo con el vestido de la mujer, y se la enfundó apresuradamente.

Unos minutos después, la rubia logró introducirse dentro de aquella funda que era su vestido y le miró, expectante.

—Vámonos —decidió Cliff.

Salieron del apartamento.

En la calle, él lanzó la maleta dentro del coche y preguntó:

—¿Adónde quieres que te lleve? No encontrarás taxis a estas horas y estos parajes.

—¿Te atreverías a llevarme a mi casa?

—¿Por qué no? A menos que esté demasiado lejos para el tiempo de que dispongo.

—No temas... No te obligaré a tanto. Sólo déjame en cualquier lugar donde pueda encontrar un taxi y podrás emprender el vuelo... si prometes llamarme cuando regreses.

—Eso puedes jurarlo.

Condujo velozmente hasta que dio alcance a un taxi libre. Le hizo señales con las luces hasta que el auto de alquiler se detuvo.

—Hasta pronto, Hattie.

—Vuelve cuanto antes...

Se besaron otra vez y luego ella se apeó.

Cliff esperó el tiempo justo de verla subir al taxi, y tras esto salió zumbando rumbo al aeropuerto.

Los altavoces anunciaban la salida del vuelo de media noche

para San Francisco cuando entró precipitadamente en el enorme edificio de la terminal.

A grandes zancadas se dirigió al mostrador de la compañía aérea donde tenía hecha la reserva. Dejó la maleta en el suelo, junto a una columna, y acercándose a la bonita azafata del mostrador dijo:

—Soy Cliff Farrell. Tengo una reserva para el vuelo a San Francisco...

—¿Señor Farrell? Un momento, por favor.

La larga uña manicurada recorrió una lista de nombres y números. La muchacha sonrió.

—Perfecto, señor Farrell... Es sólo un instante.

—¿Cuánto falta para la salida?

—Cinco minutos. Tiene tiempo...

Rellenó apresuradamente el pasaje.

Cliff sacó un cigarrillo. No encontró fósforos en los bolsillos y se apartó a un lado para tomar el pesado encendedor publicitario que había sobre el mostrador.

En el mismo instante sonó el rotundo estampido de una pistola, y la bala hizo saltar un banderín azul ante sus narices.

Instintivamente, Cliff se zambulló de costado. Hubo otro estampido y aún pudo ver aparecer un bonito agujero en la madera del mostrador.

Rodó desesperadamente, oyendo el alboroto de chillidos de la gente que empezaba a correr en todas direcciones.

Pero en medio de las carreras, gritos, empujones y caídas, Farrell descubrió al hombre que se deslizaba hacia las cristaleras de la salida. Un hombre que aún llevaba una pistola empuñada.

Se levantó de un brinco y echó a correr. En su ímpetu chocó con un asustado hombrecillo vestido de negro. El hombrecillo llevaba una maleta y ambos, hombre y maleta, rodaron por el suelo en medio del indescriptible confusionismo desatado por el pánico.

Cliff llegó al exterior y tuvo tiempo de ver al hombre de la pistola correr como un gamo a lo largo de la fila de coches estacionados en primera línea.

Lanzándose en su persecución, trató de comprender a qué podía obedecer el absurdo atentado.

No tenía cuentas pendientes con nadie, por lo menos hasta donde podía recordar.

De pronto, la oscura forma del fugitivo se esfumó en medio de los vehículos que atestaban la grandiosa explanada. Furioso, Farrell le buscó durante unos instantes, pero no lo vio por ninguna parte.

Segundos más tarde, un sedán negro salió disparado de una fila como impulsado por un cohete. Pasó junto a él casi arrollándolo y se perdió a lo lejos mientras Cliff aún trastabillaba para recobrar el equilibrio.

Maldiciendo en todos los tonos, Farrell regresó a la sala de espera.

Un avión rugió sobre su cabeza y las luces parpadeantes se le antojaron un burlón guiño de despedida.

El vuelo de media noche a San Francisco acababa de despegar.

La enorme sala estaba convertida en un manicomio y un par de policías intentaban calmar los ánimos y poner un poco de orden.

La azafata del mostrador estaba muy pálida, pero conservaba la calma mediante un gran esfuerzo.

Farrell se detuvo ante ella, jadeando todavía.

—Lo he perdido, ¿no es eso? —Gruñó.

—Acaba de despegar... Lo siento mucho...

—Más lo siento yo. Temí que la hubiesen herido esos disparos.

—No... Fue contra usted que dispararon, lo vi...

—Yo también. Y no me gustó. ¿Cuándo hay otro avión para Frisco?

—A las ocho de la mañana, señor Farrell.

—Si algún día le echo el guante a ese bastardo le haré comerse la pistola. Está bien, resérveme plaza para ese vuelo.

—Muy bien.

Se volvió. La maleta estaba derribada en el suelo, más allá de la columna donde la dejara. Sobre la tapa quedaban las huellas polvorientas de unos pies que la habían pisoteado en medio de la confusión.

La levantó y echó a andar antes de que la policía empezara a efectuar demasiadas indagaciones.

Arrojó la maleta dentro del coche y después maniobró para sacarlo del estacionamiento.

Cuando hundía el acelerador alguien llegó corriendo por entre los centenares de vehículos alineados. Por un momento pensó que podía tratarse otra vez del hombre que había intentado matarle,

pero éste era mucho más alto y delgado. De modo que ganó velocidad y regresó a la ciudad maldiciendo para sus adentros esa pérdida de tiempo y el absurdo atentado que había estado a punto de costarle la vida.

El hombre que había corrido por entre los coches se quedó muy quieto sobre el cemento, tratando de memorizar la matrícula del coche de Farrell, y desesperándose al comprender que tan sólo retenía en la memoria los números y una de las letras...

CAPÍTULO II

Deambuló silenciosamente por toda la casa sin hallar rastro de ser viviente alguno.

Dentro de él rugía la tormenta, y la cabellera rubia de la mujerona se agitaba a cada golpe, mientras en todo su pobre y débil cuerpo desnudo corría el sudor y la vergüenza...

Debía buscar la ventana por la que se había colado...

La mataría.

Cuando pudiera dominarla... cuando tuviera fuerzas para destruirla...

Estaba en la cocina cuando oyó el breve y débil quejido.

Se detuvo en seco, como herido por un rayo.

Escuchó, con todos los sentidos alerta.

El quejido se repitió, como si brotara de sus propios pies.

Instintivamente, miró al suelo como si esperase hallar la respuesta al misterio. Después, arriesgándose, encendió la luz y volvió a apagarla al instante.

Había sido suficiente para descubrir la pequeña puerta adosada junto a un ángulo.

La abrió a tientas y percibió la sensación de vacío, de negrura infinita, como si se asomara a un pozo frío y húmedo.

Tanteó con los pies hasta descubrir los peldaños de cemento.

Abajo, ahora más audible, resonó de nuevo el extraño quejido.

Peldaño a peldaño, descendió cautelosamente sumergiéndose en un pozo de sombras, en una negrura tan densa como el infierno.

Al fin, sus pies hallaron un suelo plano. Se habían terminado los escalones.

No se atrevió a moverse mientras tendía el oído. Algún día, la detestable mujerona gimotearía de aquel modo, vencida al fin, indefensa entre sus manos vengativas... Entonces pagaría por todo el daño y todas las vergonzosas humillaciones inferidas a un niño...

Inesperadamente, de aquella negrura brotó el débil lamento.

El respiró agitadamente, casi jadeando.

—Estás ahí... maldita... —susurró entre dientes.

Desnudo, las grandes manos húmedas de sudor ya no le golpeaban, pero las sentía sobre su pobre cuerpo, hundiéndolo en la humillación y la vergüenza...

Se irguió, furioso, y tanteó las frías paredes. De pronto, bajo sus dedos encontró la llave de la luz.

En un techo liso brilló una desnuda bombilla de escasa potencia, barriendo las sombras en torno, pero dejando los rincones del sótano sumidos aún en la negrura.

La mujer estaba dentro del cono de luz.

Y era rubia.

¡Y estaba a su disposición!

Porque una dura mordaza cerraba su boca y sus manos y tobillos aparecían sujetos por una cuerda de nylon.

El la contempló con los ojos saltándole de las órbitas, mientras abría y cerraba las manos con un movimiento instintivo, igual que si ya estrujara aquel cuerpo entre sus uñas.

La mujer rubia, vencida al fin.

Se aproximó a ella paso a paso, cautelosamente, como si todavía temiera que pudiera volver a golpearle, y torturar su cuerpo con sus grandes manos de pulpo...

Ella le miró también, por supuesto.

Primero, en sus ojos azules brilló un chispazo de esperanza.

Una llamada quizá, un silencioso grito de socorro.

Después, algo que debió ver en el hombre que caminaba cautelosamente hacia ella la llenó de espanto y sus pupilas se desorbitaron, rebosantes de pánico...

—Ahora... eres mía... —jadeó él.

Se inclinó y pasó las puntas de sus dedos helados por el cuello mórbido de la muchacha rubia. Después, de un zarpazo, le arrancó parte de su vestido. Con una carcajada demencial se levantó, mirando en torno.

El sótano estaba lleno de trastos inservibles. Una gran caldera de calefacción ocupaba un ángulo, polvorienta y con trazas de no haber sido utilizada jamás.

Junto a la caldera quedaba un pequeño montón de carbón, y

leña. Más allá, sobre un cajón, había una pequeña hacha que seguramente sirviera en otro tiempo para trocear la leña.

El la levantó, como hipnotizado ante su acerado filo.

Luego, con ella en la mano, se volvió gruñendo entre dientes igual que un perro rabioso.

El filo del hacha lanzó un brillante destello cuando lo hirió la luz. Empezó a reír.

—Nunca más... Ahora eres mía... —musitó mientras avanzaba despacio aproximándose a la muchacha rubia que se agitaba con el frenesí de la locura y el terror.

Después, en medio del delirio, se desató el infierno.

Cliff Farrell estacionó el coche en las cercanías de su apartamento.

Estaba tan enfurecido que ni siquiera recordó la maleta. Saltó al suelo y se dirigió a grandes pasos hasta su domicilio, donde el aire aún conservaba el suave aroma de Hattie, un perfume que él aún no sabía si era el de su piel tibia y estremecida o el producto costoso de un laboratorio.

Abrió un cajón del fondo del armario y sacó un arnés de cuero, con la funda axilar en la que reposaba un revólver de cañón corto.

Se la ajustó y comprobó después la carga del revólver. Tras esto volvió a ponerse la americana y rechinando los dientes regresó a la calle.

Cuando se alejaba a bordo de su coche, otro auto, un sedán negro, enfilaba la calle y terminaba por estacionarse a corta distancia del edificio de apartamentos.

La forma oscura de un hombre se apeó. El hombre levantó la mirada, paseándola por la impresionante fachada de acero, cemento y cristal que se erguía hacia arriba como si quisiera fundirse en las estrellas.

Después, el recién llegado se introdujo en el edificio y la calle volvió a quedar silenciosa y desierta.

Farrell condujo a toda velocidad en busca de la carretera que bordeando la costa se dirigía hacia el sur.

Una sola idea zumbaba en su mente.

Aclarar el absurdo atentado. Y para ello, no podía recordar a nadie mejor que Ray Fowler.

El enorme rótulo parpadeante y multicolor surgió más tarde

sobre un acantilado: «Gardens Night».

Era un lujoso club nocturno, frecuentado por una clientela sin otros problemas que descubrir la manera más divertida de gastar su dinero.

Ray Fowler había sido un hampón de altos vuelos en otros tiempos. Después de establecerse, sus manejos no habían sido mucho más limpios, pero había sabido mantenerse siempre en la cuerda floja que bordea la ley, excepto una vez. Y en esa vez, el propio Cliff Farrell le había cazado.

De modo que cuando el propietario del club vio a Farrell, su rostro se contorsionó en una mueca de ira mal reprimida.

Cliff le sonrió de dientes afuera.

—Hola, Ray —dijo—. ¿Qué tal si me invitas a un trago?

—Aquí no servimos arsénico, querido, y eso es a lo único que yo te invitaría.

Farrell sacudió la cabeza, pesaroso.

—Sin rencor, de veras... ¿Por qué no puedes olvidar el pasado?

—Porque cada vez que me acuerdo de ti siento un nudo en el estómago. ¿Qué buscas esta vez?

—Me ha ocurrido un caso curioso esta noche, Ray.

—¿Y vienes a contármelo a mí?

—Seguro. ¿Qué hay de ese trago?

A regañadientes, el tahúr hizo una seña al mozo del mostrador. Cliff pidió *whisky* y paseó la mirada por el local atestado.

—Estás haciendo un buen negocio, Ray —comentó—. Y apuesto que tus salas del piso de arriba trabajan a tope también.

—¡Al grano!

—Tú me odias, Ray.

—No tengo inconveniente en admitirlo.

—Y te gustaría verme muerto...

—El día que eso suceda mandaré la corona más gigantesca que se haya fabricado nunca en esta ciudad —prometió el tahúr piadosamente, con una mirada glauca en sus ojos claros—. Te juro que pondré en la dedicatoria: «Buen viaje y no vuelvas, hijo de perra».

Cliff Farrell se echó a reír.

El mozo trajo la bebida y él la saboreó con calma, sin apartar sus ojos del hombre que le odiaba.

—Quizá —dijo después—, has decidido adelantar el acontecimiento, Ray...

—¿De qué hablas ahora?

—Tal vez te cansaste de esperar para enviar esa corona y decidiste precipitar el fausto acontecimiento.

—Ojalá pudiera, pero te repito que no servimos arsénico con soda aquí.

—Envenenar a la gente no es tu estilo, pero enviar un pistolero para que haga el trabajito sí. ¿No te parece?

Fowler frunció el entrecejo. Empezaba a preocuparse y no lo disimuló.

—¿Qué estás tratando de decirme con todo esto, figón?

—Esta noche, un tipo con una pistola ha practicado el tiro al blanco. El blanco era yo y la cosa no me gustó, puedes estar seguro.

—Ya veo... ¡Qué lástima que fallara!

—No comparto tu pesar. Me he estrujado los sesos intentando pensar en quién me dedicaba tanta atención... y sólo se me ocurrió un nombre: El tuyo, Ray.

Éste sacudió la cabeza.

—No he sido yo, Farrell. Y te juro que no es por falta de ganas de verte muerto. Pero tengo un buen negocio y ya soy demasiado viejo para arriesgarme.

—Nadie más tiene motivos para despacharme, Ray. Por muchas vueltas que le dé a la cosa sólo apareces tú en mi fichero particular.

—Los tiempos han cambiado, Farrell.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú me proporcionaste la única condena de toda mi vida. Bueno, cumplí y ahora soy un hombre de negocios. Ya no más pistoleros. Quiero vivir tranquilo. Y te diré algo más.

—Sigue, no te dejes nada en el buche.

—Si hubiese querido matarte, Farrell, no hubiera esperado casi dos años.

—Uno nunca sabe tratándose de ti.

—No, querido bastardo. Apuesto que hay por lo menos diez tipos en esta ciudad que quisieran verte muerto.

—Eres muy optimista. Debe haber muchos más, pero ninguno con agallas suficientes para intentarlo. Ni agallas, ni organización, ni dinero suficiente para iniciar esta broma.

—Te repito que yo no he tenido nada que ver con eso, y me importa un cuerno que lo creas o no. Ahora estoy limpio y si tratas siquiera de husmear en mis asuntos vas a encontrarte con un hueso tan duro que no lo podrás siquiera masticar.

—Tienes buenas relaciones, ¿eh, Ray?

—Seguro. Me cuestan una fortuna, pero las tengo.

—Claro... Era de esperar, conociéndote.

—Si has terminado tu representación, acaba el *whisky* y lárgate. Éste es un local exclusivo y tú apestas.

—Cualquier día te romperé los dientes —suspiró Cliff, apurando el vaso hasta la última gota.

Ray Fowler sonreía, burlón, cuando él dio media vuelta y se dirigió a la salida.

Conocía perfectamente al tahúr. Mucho mejor de lo que el mismo Fowler imaginaba. Y ahora estaba casi seguro de que éste no había intervenido en absoluto en el atentado.

Mientras manejaba el coche de regreso a la ciudad, pensó que de todos modos había sido un atentado idiota, un completo absurdo...

Quizá la obra de un aficionado.

Un asesino profesional jamás se hubiera arriesgado a disparar en una sala repleta de gente, contra un hombre en movimiento.

Y mucho menos manejando tan mal la pistola.

Desde cualquier ángulo que tratara de comprender el caso no lograba otro resultado que perderse en absurdas conjeturas.

Esquivó un enorme autobús por milímetros, tan absorto conducía.

Se enderezó y mentalmente envió al diablo todo el maldito asunto. Sabía perfectamente que, a menos que sucediera algo más, nunca conseguiría desentrañar el misterio con los inexistentes datos de que disponía.

Con esta firme decisión, estacionó el coche a dos manzanas de distancia de su apartamento porque no había otro lugar más cerca.

Luego, caminando por la acera, encendió un cigarrillo y trató de no pensar en nada más que en el trabajo que debía desempeñar en San Francisco cuando pudiera emprender el viaje.

Fue en ese momento que los dos hombres surgieron a sus costados como brotados de la tierra.

Ambos empuñaban pistolas y éstos sí eran profesionales.

CAPÍTULO III

Cuando recobró el conocimiento le dolía todo el cuerpo y sentía en el cráneo un zumbido semejante al de una turbina a toda marcha.

Notó el suelo de cemento bajo su cara y no se movió.

Poco a poco recordó todo lo sucedido. La manera ridícula como se había dejado cazar, cómo le quitaron el revólver y le metieron en un auto que aguardaba y cómo, a gran velocidad, le condujeron hasta ese pequeño garaje instalado en un sótano al que habían descendido por una rampa.

En alguna parte oía el monótono gotear de un grifo que cerraba mal.

Era el único sonido que llegaba a sus oídos.

Pero sabía que debía haber alguien cerca, vigilándole, porque no estaba atado, sólo aplastado bajo el dolor de los golpes recibidos...

Abrió un ojo y descubrió los bajos de unos pantalones y unos grandes zapatos negros.

También vio dos coches en su línea visual. Sabía que había otro en el lado opuesto del garaje, y un pequeño banco de trabajo lleno de sucias herramientas...

Ladeó la cabeza, parpadeando. Ese simple movimiento le produjo un dolor terrible en la base del cuello.

Pero pudo descubrir a los otros dos individuos sentados sobre unas cajas vacías.

Uno de ellos comentó:

—Ya vuelve del gran viaje... ¿Cómo se siente, tipo listo?

Sacudió la cabeza cuidadosamente. No le hubiera extrañado nada que se le desprendiera de los hombros.

Después consiguió sentarse en el suelo. Sentía en la boca el sabor dulzón de la sangre.

—¿Qué va a seguir ahora? —balbuceó.

El tipo rió entre dientes.

—Vas a seguir encajando como un buen chico, hasta que decidas hablar.

—No comprendo nada...

—Empezaremos otra vez por el principio, y Jimmy te sacudirá cada vez que no respondas. Pero esta vez lo hará con algo diferente... Jimmy se ha cansado de despellearse los nudillos.

Cliff ladeó la cabeza y vio a Jimmy, una especie de gorila con hombros como un piano y que balanceaba en la mano un pedazo de cadena de hierro.

Se estremeció.

El individuo que llevaba la voz cantante añadió:

—Estuvimos llamando a tu apartamento, pero no estabas allí, así que decidimos esperar tu regreso. ¿Entiendes esto por lo menos?

—Sí, pero no veo los motivos de todo esto.

—El dinero, pachón, el dinero. ¿Te parece ése un buen motivo?

—¿Qué dinero?

—Dale, Jimmy, aún no ha aprendido bastante.

El gorila emitió un gruñido y se levantó.

Farrell vio la terrible cadena, cuyos eslabones emitieron un vivo sonido con el brusco movimiento.

—¡Espera! —exclamó.

—¿Ya vas recobrando la memoria?

—¿Cuánto dinero? —jadeó.

—Bueno, supongo que no tuviste tiempo de contarlo, pero te lo diré. Doscientos cincuenta mil dólares.

Se quedó sin habla.

Dio otro vistazo a la cadena y al salvaje aspecto del matón.

—Está bien —murmuró, tratando desesperadamente de retrasar lo que sería su muerte—, hablaré...

—Eso está bien.

Jimmy rezongó:

—¿Es que no voy a poder darle un «repaso», Bucky?

—Lo harás si trata de tomarnos el pelo. Veamos, ¿dónde está el dinero?

—Necesito un cigarrillo.

Bucky rechinó los dientes, pero acabó por acceder.

Farrell aspiró el humo. La boca le escoció, pero con un suspiro

siguió fumando mientras se levantaba. Las piernas amenazaron con no poder sostenerlo.

—Cuidado, pichón, hay una pistola detrás de ti por si tienes la idea de atacarnos.

Era cierto. El tercer pistolero, que hasta entonces no había despegado los labios, le amenazaba con su propio revólver.

—Todo lo que quiero es sentarme... No puedo tenerme de pie...

Se dejó caer sobre la caja que Jimmy había dejado libre. Lanzó el humo al aire y gruñó:

—Alguien pagará por esta paliza, camaradas.

—Eso será el día en que el Gobierno decida no cobrar impuestos. Vamos, al grano.

—Hay algo que me intriga... ¿Cómo supieron que yo tenía el dinero?

—El jefe te vio cuando te lo llevabas. Y ya basta de charla idiota. ¿Dónde está?

—En mi apartamento...

—¿Es una treta? No puedes haber dejado ese montón de «pasta» en un apartamento así como así.

¿Dónde mejor, a esas horas de la noche? Lo oculté en el fondo del armario, debajo de la ropa sucia.

Los hombres cambiaron una mirada, indecisos.

Al fin, Bucky rezongó:

—Voy a llamar por teléfono...

Se fue al rincón donde había un aparato telefónico de pared. Marcó un número y esperó hasta que le respondieron.

—Aquí Bucky —dijo—. El tipo asegura que el dinero está en su apartamento, oculto en un armario... Sí, ha recibido lo suyo... Podemos intentarlo... ¿Ahora? Está bien... ¿Qué?

Fue una especie de grito esta última exclamación.

Luego, con una voz que era apenas un temblor, jadeó:

—¿Te has vuelto loco...? ¡No lo creo!

Colgó y se quedó inmóvil unos segundos. Cuando regresó al grupo, su rostro estaba verde.

Jimmy refunfuñó:

—¿Qué es lo que pasa?

Pareció despertar de un mal sueño.

—Nada. Tú vas a quedarte vigilándolo. Si escapa te corto la

cabeza, Jimmy.

—No se moverá. ¿O es que no me conoces?

—Tú verás lo que haces. Vámonos, Renzo. Tú y yo daremos un vistazo al apartamento de ese fulano.

Los dos salieron del garaje. Debían tener otro coche en la calle porque no tocaron ninguno de los tres que había allí.

Farrell trataba de pensar con la mente convertida en un torbellino. No era fácil, porque esa noche le estaban sucediendo las cosas más peregrinas que nunca pudo haber imaginado.

Aplastó la colilla bajo el pie y dio un vistazo a su guardián.

El gigantesco Jimmy no le perdía de vista. Llevaba una pistola sujeta al cinturón y seguía balanceando la cadena, como impaciente por utilizarla.

—¿Por qué no traes algo de beber, Jimmy? —le espetó.

—Muérete.

—Para eso hay tiempo de sobra.

Uno de los coches descansaba sobre unos soportes metálicos porque le habían quitado las dos ruedas traseras. Debía estar en reparación, pero los otros parecían en perfecto estado.

—Dame otro cigarrillo —pidió Farrell.

Jimmy vaciló. En su pequeña cabeza no debía haber más cerebro que en la de un mosquito, según pensó el prisionero.

—Estás pidiendo demasiado...

—No voy a fugarme por fumar un cigarrillo.

Al fin, el gigante le arrojó un paquete. Cliff encendió un pitillo y dejó el paquete sobre la caja. Sus ojos escrutaban ahora cada detalle del garaje.

—¿Qué pasará cuando vuelvan tus compañeros? —preguntó de pronto.

—No lo sé. Seguramente te daremos el pasaporte para el infierno...

—¡Pero si les he dicho la verdad! Encontrarán el dinero...

—¿Y qué con eso? Sabes demasiado a estas alturas.

—¡Maldita sea! No sé nada de nada. Ni siquiera de dónde procede ese dinero, ni...

—¡Cierra el pico!

—Pero no pueden matarme sólo por un error.

El gigante se echó a reír.

—¿Llamas un error tratar de damos esquinazo con un cuarto de millón de dólares? Me parece que voy a sacudirte las costillas un poco... Sólo para que cierres la boca...

—Está bien, ya me callo.

Siguió apurando el cigarrillo. No había ni una remota posibilidad de sorprender al gorila, y mucho menos tratar de luchar con él. Era un tremendo peso pesado y además estaba la cadena, y la pistola...

Había consumido la mitad del cigarrillo cuando sintió un escalofrío. Casi se levantó de un brinco, pero logró dominarse.

Dos chupadas al cigarrillo, una nube de humo, y se quejó:

—Tengo las piernas entumecidas...

Se levantó, vacilando sobre sus pies.

Jimmy agitó la cabeza.

—Cuidado, pichón, o te muelo las costillas.

—Tranquilo... No voy a hacer nada.

Aspiró otra bocanada de humo y se quitó lentamente el cigarrillo de los labios.

El coche en reparación estaba ahora a dos pasos de él.

Tenía el capó levantado y en la parte posterior, junto a la aleta del guardabarros, la toma de gasolina del depósito... sin tapón.

Jimmy gruñó:

—Vuelve a sentarte. Me pones nervioso, balanceándote sobre las piernas.

—Está bien, está bien...

Alargó la mano y tiró la colilla. Luego, se dejó caer hacia atrás, rodando más allá de los cajones.

El gorila emitió una blasfemia y descargó un salvaje trallazo con la cadena.

La cadena acertó al cajón y la madera se quebró con un chasquido.

Pero sucedió algo más.

Hubo un sordo rugido, y un surtidor de llamas brotó del coche como si de pronto se hubiera convertido en un volcán.

El enorme pistolero estaba demasiado cerca del vehículo y al estallar el depósito una oleada de gasolina ardiendo le cazó de lleno, envolviéndole como un manto ígneo.

Cliff Farrell dejó de rodar cuando su espalda golpeó contra la

pared.

Para entonces, el brutal gorila era una antorcha de la que brotaban espantosos alaridos mientras se revolcaba por el suelo, y las llamas se extendían inundando el local.

Farrell echó a correr hacia la rampa, pero luego cambió de idea y saltando dentro de uno de los coches lo puso en marcha y lo lanzó en segundos hacia adelante.

La puerta basculante estaba cerrada, pero la embestida de las dos toneladas de metal la hicieron astillas y él se encontró rodando al aire libre, mientras allá atrás el incendio se agigantaba iluminando la noche con resplandores de infierno.

Sólo que no fue muy lejos, porque el motor emitía un extraño y sonoro golpeteo y pronto empezó a salir humo y hubo de detenerse en una esquina maldiciendo en todos los tonos.

Cuando echó un vistazo, vio que el ventilador pegaba contra el aplastado radiador y supo que ese coche no correría una sola yarda más en semejantes condiciones.

De modo que echó a andar, alejándose, en el momento en que se oía la escandalosa llegada de los coches de bomberos...

Ahora tenía otro embrollado misterio que añadir al primero.

CAPÍTULO IV

Tendido sobre la cama, inmóvil, la mirada opaca fija en la oscuridad, sentía cómo poco a poco la pesadilla se difuminaba...

Ahora podría librarse de ella.

No volvería nunca más.

Ni las guedejas rubias agitándose, ni los golpes de sus grandes manos, ni esas mismas manos repelentes acariciando el cuerpo del niño.

La había destruido.

Al fin.

Aunque quizá no...

Otras veces había estado seguro de haberla destruido tan completamente como en esta noche. Y luego volvía, tenaz, diabólica en su infinita maldad, surgiendo del pozo del tiempo como la imagen del terror y del asco, de la vergüenza y la humillación.

Y había que destruirla otra vez, y otra más, hasta alcanzar la paz y poder cerrar los ojos sin temor y dormir sumiéndose en la paz que jamás alcanzaba.

Sus ojos se cerraron poco a poco.

Ahora sí tendría paz.

Porque ella había desaparecido.

Aquel sueño, la pesadilla sin fin.

Y sus manos, y sus guedejas rubias, y el sudor nauseabundo...

Cuando se durmió su respiración se hizo suave y acompasada, cual si al fin hubiera encontrado el reposo, el descanso dulce e infinito que tantas veces le fuera negado desde que empezara todo aquel delirio, toda aquella iniquidad que ahora al fin se esfumaba entre las brumas del sueño como si jamás hubiera existido...

Así se durmió, cuando en un cielo sin luna asomaban las primeras y tímidas luces de la aurora...

Casi amanecía cuando Cliff Farrell llegó a las inmediaciones del edificio de apartamentos donde aún podía esperarle la muerte.

Cautelosamente escrutó los alrededores. Desperdició casi quince minutos tratando de descubrir la presencia de Bucky y su socio, o de cualquier otro rufián que estuviera al acecho.

No pudo descubrirlo.

Se decidió a subir hasta su apartamento, y una vez allí escuchó con el oído pegado a la puerta.

Todo era silencio.

Probó la puerta y ésta se abrió sin dificultad mostrando un interior oscuro. De nuevo, el finísimo aroma de Hattie saltó a su olfato, ahora más débil, pero aún perceptible.

Se deslizó dentro, cerró la puerta y encendió la luz.

Había un endiablado desorden, con los muebles tapizados hechos unos zorros, cajones esparcidos y cuadros sacados de su sitio.

Y había algo más también.

Un reguero de sangre sobre la alfombra. Grandes goterones que terminaban junto a la puerta del dormitorio.

Con el desorden provocado por un apresurado registro ya había contado de antemano, pero con la sangre no.

Caminó procurando no pisar las manchas hasta el dormitorio.

El hombre yacía tirado como un muñeco roto a un lado de la cama. En torno a su cabeza machacada se había formado un enorme charco pardusco que no era solamente sangre.

Sintió revolvérsele el estómago ante el nauseabundo espectáculo y retrocedió a trompicones.

El teléfono estaba tirado a un rincón, pero al levantarlo comprobó que funcionaba y sin titubear disco el número de la policía.

—Quiero hablar con el teniente Moore —pidió cuando le respondieron.

—Un momento...

Sonaron unos chasquidos. Suspiró, aliviado al comprender que Moore estaba de servicio esa noche.

—Hable, aquí el teniente Moore —gruñó una voz cansada.

—Hola, viejo... Soy Farrell.

—¿Qué te pasa, tienes pesadillas?

—Seguro. Una pesadilla de sangre y sesos esparcidos por mi propio dormitorio.

—¿Cliff! ¿De qué condenada cosa estás hablando?

—De un cadáver.

—¿Dónde?

—En mi apartamento, al lado de mi cama.

Moore emitió un alarmado gruñido.

—No te muevas, no toques nada. Voy para allá.

Sonó un chasquido antes que él pudiera replicar.

De modo que colgó y sorteando el desbarajuste de objetos tirados por el suelo buscó los licores, atrapó una botella y un vaso y se sentó a esperar la llegada de la policía.

El *whisky* ardió en su estómago y entonces advirtió la gran cantidad de horas que llevaba sin probar bocado. Pero le dio ánimos suficientes para afrontar lo que sabía que iba a suceder.

Y sucedió, por supuesto.

Los policías iniciaron su trabajo con implacable eficiencia, emitiendo obscenos comentarios sobre lo que estaban viendo en el dormitorio.

El teniente comentó al salir de allí:

—El tipo tiene la cabeza y los sesos desparramados por la alfombra... Pocas veces había visto algo así.

Era un hombre de unos cuarenta años, recio, de mirar agudo y cabellos prematuramente grises que le daban un curioso aspecto.

Farrell levantó la cabeza y se encogió de hombros.

—Fueron un tipo llamado Bucky y otro al que llamaban Renzo —dijo con voz sorda.

—¿Cómo lo sabes?

—Siéntate y toma un trago. Te lo contaré... desde el principio. Dicen que las mujeres tienen un cuarto de hora loco... Bueno, yo tengo mi noche loca.

Buscó otro vaso y llenó los dos hasta el borde, ofreciéndole uno al policía.

Moore lo aceptó maquinalmente, mientras a su alrededor oía el zumbido de las conversaciones de sus hombres, que buscaban huellas, tomaban medidas y disparaban sus cámaras fotográficas.

Farrell trasegó casi la mitad de su vaso antes de hablar.

Entonces, ahorrando palabras, explicó al policía lo que le

sucediera durante esa noche, desde el instante en que intentó tomar el avión con destino a San Francisco.

Cuando calló, el teniente Moore tenía el vaso vacío y parecía muy desconcertado.

—Todo esto es una sarta de insensateces —gruñó cuando recobró el habla—. ¿Quién demonios puede tener interés en impedir que vayas a Frisco?

—Eso no tiene nada que ver —exclamó Farrell—. Lo que tengo que hacer en San Francisco es simple rutina. Un sencillo informe comercial. Todo lo que ha seguido después de los disparos es lo que verdaderamente resulta absurdo e insensato.

—¿Sabes quién era ese desgraciado al que han matado a golpes?

—No tengo la menor idea.

—¿Ni siquiera por qué estaba en tu apartamento?

—Tampoco. Yo creí que no había nadie aquí, como es lógico. Por eso les solté el cuento de que había ocultado el dinero en este apartamento, sólo para ganar tiempo y escapar. Ellos debieron encontrar aquí a ese fulano y le machacaron, eso es todo.

—¿No dijeron nada que pudiera indicarnos de dónde procedía ese dinero que buscan?

—Todo lo que mencionaron era que se trataba de doscientos cincuenta mil dólares.

—Y ese lugar de donde escapaste...

—No sé exactamente dónde está, pero con el incendio te será fácil averiguarlo.

Moore se restregó la cara furiosamente con un pañuelo.

Se disponía a decir algo cuando uno de los peritos que estaba trabajando en el dormitorio salió trayendo una pistola sujeta por el guardamonte.

—¿Es suya, Farrell? —indagó el hombre.

Cliff sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Yo uso revólver. Bueno, lo usaba, porque me lo birlaron esos bastardos... ¿Dónde estaba ese petardo?

—Bajo la cama, en un rincón.

El teniente Moore sacó un bolígrafo y lo introdujo en el cañón de la automática, sosteniéndola así cerca de su nariz.

—Muy curioso —rezongó—. Ha sido disparada recientemente, no obstante ningún vecino parece haber oído nada anormal. Y este

trasto hace un ruido endiablado... ¿Cómo explicas eso, Cliff?

Éste dio un respingo.

—¡Maldita sea mi estampa! —Gruñó—. Apuesto que se trata del fulano que me disparó en el aeropuerto. Era bajo y más bien rechoncho, y utilizó una automática...

—¿Y por qué estaba aquí cuando lo mataron?

—Lo ignoro, pero supongo que al fallar y comprender que yo había perdido el avión, pensó que regresaría y vino a esperarme, para darme el pasaporte más cómodamente.

—Puede ser una explicación lógica...

El policía envolvió la pistola con un pañuelo y sacó el cargador.

—Faltan dos balas —dijo—. Creo que tu teoría es acertada.

—Menos mal que una de estas idioteces se aclara, aunque sigo sin saber quién era el fulano ni por qué quería liquidarme.

—Volvamos al dinero...

—No hay nada que hacer por ese lado. No sé qué dinero es, ni de dónde procede, ni por qué imaginan que yo lo tengo en mi poder. Te aseguro que sobre eso no sé ni media palabra.

—Puede ser el producto de un robo, aunque no he oído hablar de ninguno tan importante últimamente...

Se volvió hacia el teléfono y habló brevemente. Cuando colgó su ceño estaba más sombrío que nunca.

—El incendio destruyó el garaje y la residencia que había encima —dijo—. La residencia pertenecía a Allen Bridgers. Ese nombre tiene algo familiar para mí...

—¿Bridgers?

—Ya me acordaré. Encontraron a un tipo asado allí... y un revólver incrustado en la carne abrasada del tipo. Por lo que me has contado, imagino que sería tu revólver.

—No, viejo. El mío estaba en poder del otro, el llamado Renzo.

—De cualquier modo, la cosa va a armar una polvareda... y te diré que era lo único que nos faltaba.

—¿Por qué?

—Por esos crímenes que se han repetido últimamente.

—¿Te refieres a ese maníaco?

—Debes haberlo leído en los periódicos —rezongó Moore de mal talante—. Un loco homicida sexual, un maníaco que asesina bárbaramente a mujeres rubias. En lo que va de año han aparecido

cuatro cadáveres destrozados de un modo salvaje, y todos de mujeres rubias.

—Ése es tu problema. El mío es sacudirme esa amenaza que parece pesar sobre mi cabeza.

—Tú puedes cuidarte solo... Las muchachas rubias no. Bueno, lárgate de una vez. No vas a dormir aquí en unos cuantos días. Pero quiero que estés en contacto conmigo. No sabemos en qué puede parar todo esto.

Farrell esbozó una mueca y encendió un cigarrillo.

—He de averiguar quién era ese individuo y qué buscaba aquí... y por qué quería meterme plomo en el cuerpo —murmuró, ceñudo.

Moore soltó una risita.

—Apuesto que se trataba de un marido ofendido. Tú tienes una habilidad extraordinaria para meterte en líos de faldas.

—Todos mis líos son decentes —protestó Cliff—. Nunca he burlado a ningún marido que yo sepa.

—Eso es algo que uno nunca sabe...

Le dejó plantado y regresó al dormitorio, donde el médico forense hacía unos instantes que había entrado.

Farrell encendió un cigarrillo y se quedó rumiando las palabras del policía.

Sería demasiado fácil solucionarlo de ese modo.

Además, era cierto que nunca había querido tratos con mujeres casadas... Por lo menos, hasta donde pudo evitarlo.

Estuvo allí, trasegando *whisky* y sin que el teniente volviera a prestarle atención durante mucho tiempo, ocupado con sus hombres, el médico y los enfermeros que llegaron para sacar el cadáver del apartamento.

Y de pronto, se sorprendió pensando en Hattie, en la soberbia mujer en cuyos brazos alcanzara las más altas cimas del amor pocas horas antes.

Fue entonces que se sorprendió al darse plena cuenta de lo poco que sabía de aquella mujer, excepto su nombre y un número de teléfono que ella le había dado...

En realidad, no sabía absolutamente nada de la dama.

Dejó el vaso vacío y salió del apartamento sin que Moore hubiera vuelto a hablarle.

CAPÍTULO V

Dejó el coche en el aparcamiento del Vermont Hotel, tomó la maleta del asiento posterior y entró en el vestíbulo.

Le asignaron una habitación confortable, dio una propina al mozo que le acompañó y tan pronto se hubo cerrado la puerta se desvistió, metiéndose bajo la ducha un buen rato.

Después se frotó el cuerpo con una áspera toalla y envuelto con ella se sentó, descolgando el teléfono.

Comunicó con la compañía aérea donde había reservado el pasaje y lo anuló. Definitivamente, iba a quedarse el tiempo necesario para aclarar todo el embrollo en que alguien se empeñaba en meterle.

Tras esto, volvió a coger la maleta y presionó los cierres.

No ocurrió nada. Estaban cerrados con llave.

Contrariado, recordó que las llaves de la maleta, junto con todas las otras que llevaba encima, quedaron en el garaje incendiado.

Tampoco recordaba que hubiera cerrado la maleta con llave, pero no se entretuvo pensando en eso. Necesitaba ropa limpia, y con un pequeño cortaplumas los cierres saltaron sin más dificultad.

De modo que abrió la tapa.

Fue como si acabase de abrir el arcano de lo desconocido, porque el asombroso contenido jamás antes había pasado por sus manos.

Todo el maletín estaba atestado de fajos de billetes de veinticinco y cincuenta dólares.

Sintió un espasmo nervioso en el estómago, una especie de vértigo a la vista de semejante fortuna.

—El cuarto de millón... —susurró, estupefacto.

Vació toda aquella riqueza en el suelo y empezó a contarla.

Ciertamente, había doscientos cincuenta mil dólares.

Se quedó un buen rato sentado en el suelo, sobre la alfombra,

rodeado por la verdosa siembra de papel moneda y sin atinar a hacer otra cosa que mirarlo.

Después, sacó algunos de los billetes de los fajos y trató de descubrir si eran falsos. No era un experto, pero sus conocimientos tampoco eran tan rudimentarios como los de un ciudadano cualquiera. Pero no pudo hallar nada sospechoso en ellos. Al parecer era dinero legítimo, emitido por el Departamento del Tesoro.

Poco a poco volvió a colocar los fajos en el maletín y cerró éste. Lo examinó y sin la menor duda lo reconoció como el suyo, completamente nuevo y comprado la misma tarde del día anterior.

Nada tenía pies ni cabeza, de modo que desnudo como estaba se metió entre las sábanas y casi al instante quedó profundamente dormido, vencido por los nervios y el agotamiento.

Despertó muy tarde, cuando el sol ya iniciaba su ocaso.

Se asombró de que hubiera dormido tanto y corrió a la ducha. Se vistió después con las ropas que llevara al llegar al hotel y tras esto comenzó a buscar un buen escondrijo para el maletín.

Si pudiera cerrarlo otra vez...

Hurgó con el pequeño cortaplumas. Uno de los cierres obedeció, cerrándose, pero el otro ofreció mucha más resistencia.

Cuando al fin lo consiguió estaba sudando y maldecía ferozmente entre dientes a causa del nerviosismo y la impaciencia.

Pagó el hospedaje, esperó que le trajeran el coche y emprendió la marcha rumbo al edificio de Correos.

Alquiló una caja de seguridad, pagándola a la máquina automática a cambio de la llave numerada, y guardó el maletín en el cubículo acorazado. Allí estaría seguro hasta que pudiera saber qué era lo que estaba cociéndose a su alrededor.

Después, ocultó la llavecita en la tapicería del coche y se internó entre el espeso tráfico. Llegar a su oficina le costó casi una hora, un ataque de nervios y millares de maldiciones contra el espeso y caótico tráfico de esa hora crucial del atardecer.

Su pequeña oficina estaba desierta y en penumbra. Encendió la luz y conectó el reproductor automático telefónico.

Había una llamada de un tal Dorrman solicitando una entrevista profesional. Un recado del cliente que le creía en San Francisco, y un aviso de pago de cierta factura olvidada.

Lo desconectó, fastidiado. Abrió la caja fuerte empotrada en la pared y sacó de ella un pesado revólver del 38 con su funda, que sujetó al cinturón, sobre el costado izquierdo. Con la americana abrochada apenas se notaba el bulto del arma.

Sentado ante la mesa, descolgó el teléfono y disco el número de Hattie.

Esperó hasta oír la voz suave y dulce de la muchacha.

—¿Hattie? Habla Cliff.

—¡Cariño! ¿Cuándo llegaste?

—Ni siquiera me fui.

—De modo que era un engaño tu viaje después de todo...

—El viaje era real, pero lo que sucedió después echó por tierra todos mis planes.

—No sabes cuánto me alegro... ¿Sabes una cosa, querido?

—¿Qué cosa?

—Creo que me he enamorado un poco de ti.

—Si sólo es un poco, la cosa no me preocupa excesivamente. Soy un solterón recalcitrante.

Oyó la risa cantarina de Hattie. Entonces le espetó:

—Dime dónde está tu casa y vendré a buscarte.

La oyó cesar de reír abruptamente y tras unos segundos de silencio ella dijo con una voz que no conservaba ni rastro de su inicial alegría:

—Prefiero que no vengas aquí... Iré a tu apartamento después.

—Ni te acerques allí. Lo asaltaron y está convertido en un revoltijo. Yo iré a buscarte.

—¡No! —calló abruptamente y luego añadió con voz preocupada —: Compréndelo, Cliff, querido... detesto las habladurías del vecindario. Nos encontraremos en Martin's.

¿Te parece bien?

—Estás haciendo las cosas con mucho misterio, linda. ¿No será que hay un marido celoso por en medio?

Creyó captar cómo ella contenía una exclamación.

—¿Oíste lo que dije?

—Sí, claro...

—¿Lo hay, sí, o no?

—Escucha...

—¡Maldita sea! ¿Quieres emitir una sencilla respuesta? Se trata sólo de un monosílabo. ¿Sí, o no?

—Sí.

El contuvo un juramento.

—Ya veo...

—No comprendes... Vivimos prácticamente separados. He solicitado el divorcio... hace más de un año que ya no vivo con él, pero...

—¿Qué encierra ese *pero*?

—A veces pienso que Bill está loco, Cliff. Me espía a veces... como si todo fuera normal entre nosotros y temiera que yo... que yo le engañase.

El notó un extraño frío en la espalda.

—¿Cómo es tu marido, qué apariencia tiene?

—¿Por qué? Escúchame, Cliff... él ya no cuenta. Voy a obtener el divorcio sin dificultad. Tengo argumentos que incluso impresionaron al abogado y al juez. El no podrá eludirlos. En mi vida sólo cuentas tú ahora.

—Contesta a lo que te he preguntado.

Hubo un corto silencio.

—Es de estatura mediana... y ha engordado mucho últimamente. Le gusta vestir de oscuro... es una lechuza, créeme.

—¿Sabes si tenía una pistola?

—Sí. La compró hace años, cuando empezó a viajar durante largas temporadas. ¡Cliff! ¿Qué significa todo esto?

—Te veré esta noche y te lo contaré. Ahora, dame tu dirección y no te preocupes por nada.

—¿Vendrás aquí?

—Seguro.

—Tú ganas... y ojalá no tengamos que arrepentimos. Te digo que a veces Bill me da miedo...

—No tienes nada que temer cuando estés conmigo.

—Vivo a Mains Canyon, la casa es el número ciento dos...

—La encontraré. Te veré esta noche, primor. Hasta entonces no hagas nada que pueda disgustarme. Yo también empiezo a estar un poco loco desde que te conocí.

Colgó rápidamente y se levantó.

Salió, cerrando la puerta.

El pasillo estaba casi a oscuras. Debía haberse fundido la lámpara central y sólo brillaba el lejano aplique de la escalera de servicio.

Fue cuando se dirigía al elevador que los dos hombres surgieron ante él.

Eran bien conocidos.

—Hola —gruñó Farrell—. ¿Ya han celebrado el entierro de su buen camarada Jimmy?

Bucky rechinó los dientes.

—Cuando llegue el momento te arrancaré la piel por lo que hiciste —dijo, balanceando la pistola con que le amenazaba—. Pero hasta entonces mejor será que te portes bien...

—Sí, me parece recordar otra escena semejante. Ustedes se repiten constantemente.

—Tenemos un coche abajo. Camina y no alborotes.

El otro, Renzo, gruñó:

—Tal vez lleva una pistola.

—Compruébalo.

Le despojaron del nuevo revólver y Farrell comentó:

—A este paso agotaréis mi arsenal.

—Abajo, y tranquilo, físgón.

—¿Adónde vamos a divertirnos esta vez?

—Tu diversión va a ser muy breve...

El coche que esperaba era un enorme «Cadillac» negro, con un individuo sentado ante el volante.

El tipo llevaba el sombrero encasquetado hasta los ojos, de modo que Farrell sólo pudo verle la parte inferior del rostro antes de que le introdujeran en el coche.

Bucky y Renzo se acomodaron uno a cada lado y la pistola siguió presionándole el costado.

El auto salió suavemente mezclándose entre el tráfico. Las luces brillaban ya y los escaparates eran torrentes brillantes iluminando las aceras y la gente.

El chofer preguntó:

—¿Hubo dificultades? Tardasteis mucho...

—Esperamos que saliera para estar seguros de que no había nadie con él ni en las cercanías.

—Farrell, esta vez la broma va a costarle el cuello.

—¿Quién diablos es usted? —graznó el aludido.

—Eso no debe preocuparle.

—Supongo que me identificaron por los documentos que me birlaron en el garaje...

—Antes de eso yo ya sabía quién era usted... Lo averigüé en el aeropuerto.

—De modo que estaba usted allí.

—Por supuesto.

El hombre conducía con habilidad, maniobrando suavemente. Poco a poco el tráfico fue espaciándose hasta que rodaron por las estribaciones de Beverly Hills.

La pistola no se apartaba una pulgada de su costado. El chofer dijo de pronto:

—Fueron muy hábiles con el cambio de maletines, Farrell. Casi me hicieron morder el anzuelo.

—Pero usted no fue quien disparó, estoy seguro.

—¿Yo? Claro que no... Maldito si me preocupé de quién estaba gastando plomo en medio de aquella barahúnda. Todo lo que yo quería era el maletín con los doscientos cincuenta mil dólares. Ahora nos dirá dónde lo ocultó y después le pagaré un tiro.

—Si sé por adelantado que van a matarme, no veo por qué he de revelarles el escondite del tesoro —refunfuñó, sombrío.

—Por una razón condenadamente buena. O habla, o le haremos pedazos. Una cosa es morir de un tiro y otra muy distinta cortado en rodajas, ¿no le parece?

Cliff sintió un extraño frío en la médula. La voz desapasionada de aquel individuo le ponía enfermo, porque hablaba de cortarle en pedazos con la misma indiferencia que si conversara del tiempo.

El coche dobló una cerrada curva, internándose en las colmas.

La presión de la pistola en su costado disminuyó, para volver a hundírsele cuando el auto recobró la estabilidad.

—¿De dónde salió todo ese dinero? —preguntó de repente.

—Como si no lo supiera... como si no hubiera estado de acuerdo con esa rata de Joe Meek.

—No sé quién es Joe Meek, lo crea o no.

—Puedes mentir todo lo que quieras... hasta que pare el coche. Entonces, cada embuste te costará una cuchillada.

El «Cadillac» aumentó sensiblemente la velocidad cuando inició

el descenso de un pronunciado declive. Ahora los faroles eran mucho más espaciados y a la luz de los faros se descubrían las oscuras masas de la vegetación.

Farrell vio acercarse velozmente una cerrada curva.

El chofer presionó un instante el freno y luego lo soltó. Sabía conducir y entró en la curva pegado a la cuneta, las ruedas chillando perfectamente agarradas al asfalto.

Pero con el impulso del viraje la pistola se apartó de él, porque Renzo se balanceó aparatosamente.

Farrell se distendió como un resorte. Lanzó la mano contra la pistola al tiempo que se arrojaba sobre el pistolero.

Renzo chilló al sentirse la muñeca aferrada por unos dedos de acero.

Bucky rugió algo y el chofer comenzó a frenar violentamente.

La pistola de Renzo se disparó con un tremendo estampido. El pistolero se puso rígido un instante y después se abatió pesadamente sobre Cliff.

Éste ya empuñaba la automática cuando Bucky logró recuperar el equilibrio y sacar su arma.

Farrell apretó el gatillo. La pesada bala pegó a Bucky en alguna parte tirándole contra la portezuela, que se abrió de golpe dejando pasar el corpachón del pistolero que desapareció como engullido por la noche.

Para entonces el coche casi se había detenido. Disparó otra vez mientras luchaba por librarse del peso muerto de Renzo. Oyó la portezuela delantera abrirse y golpear la carrocería, mientras el auto se deslizaba por una pendiente con el motor parado.

Cuando consiguió echar a un lado el pesado cuerpo de Renzo se irguió. El auto corría ahora mucho más rápidamente, sin control.

Tanteó el cuerpo del pistolero muerto hasta que encontró su propio revólver. Entonces se dedicó a saltar el respaldo delantero para hacerse con el dominio del coche... cuando ya era demasiado tarde.

Hubo un tremendo impacto y Farrell se sintió arrojado contra el parabrisas, que estalló. Todos sus huesos crujieron al rebotar en la carretera, de manera que cuando consiguió detenerse estaba aturdido y lleno de dolor, pero con un arma en cada mano.

Se tambaleó al buscar el amparo de la espesa vegetación que

bordeaba la carretera.

En alguna parte una pistola ladró y el zumbido del proyectil se le antojó demasiado próximo. No se entretuvo devolviendo el fuego, entre otras razones porque estaba aturdido y sus miembros temblaban a causa del dolor y el nerviosismo.

Corrió a trompicones. Le pareció escuchar una sirena en alguna parte, tal vez un patrullero de carreteras, pero no quiso arriesgarse y siguió huyendo.

Nunca supo cuánto tiempo le costó llegar a un lugar habituado, desde donde pedir un taxi para dirigirse a casa de Hattie...

CAPÍTULO VI

Su aspecto no era el más adecuado para una cita de amor cuando ella le franqueó la entrada.

Tenía el traje lleno de rasgaduras y había sangre en su cara y sus manos.

Hattie le miró, alarmada.

—¿Qué te sucedió, Cliff?

—Tuve un ligero percance...

—¿Con Bill?

—¡Maldita sea, olvídate de tu marido por unos instantes! Él no tiene nada que ver en esto. Fueron sólo unos pistoleros que quisieron jugar a los gangsters de la vieja escuela.

—Ven, te curaré esas heridas.

—Se me ocurre que vives obsesionada por el temor a tu marido. ¿Es así, linda?

—Sí, no puedo negarlo. Le temo... es horriblemente celoso, a pesar de saber que entre él y yo todo ha terminado. Ya te dije que parece medio loco cuando pierde el control...

—Supongo que tendrás una fotografía suya a mano...

—¿Por qué?

—Quiero saber si es el tipo que vi en el aeropuerto.

—¿Quieres decir que te siguió?

—Bien pudiera ser... tal vez estaba apostado cerca de mi apartamento y nos vio salir juntos. Luego se fue detrás de mí y... Pero veamos esa fotografía primero.

Ella se la llevó. Era de un hombre más bien rechoncho, de mirada sombría.

—Es él —musitó Farrell, suspirando—. El hombre que me disparó en el aeropuerto.

Hattie contuvo el aliento.

—¿Intentó matarte? —jadeó.

—Sí, pero con la pistola era un desastre. Nena, ya no necesitas divorciarte. Eres viuda.

Las largas piernas de Hattie comenzaron a temblar y hubo de sentarse en una butaca.

—¿Tú... tú le...?

El sacudió la cabeza.

—Ni siquiera estaba armado cuando me disparó. No, le mataron más tarde. El muy estúpido pensó que yo regresaría a mi apartamento, debido a que había perdido el avión que debía haber tomado. Allí cayó en manos de unos individuos que trataban de encontrar una fortuna. Y éstos sí iban armados. Lo que hicieron con él casi me hizo vomitar cuando lo vi.

Ella se llevó las manos al rostro. Estaba pálida y sus ojos expresaban un tremendo desconcierto.

—Estuvo espíandome —susurró—. Me siguió cuando fui contigo a tu apartamento... Pobre Bill.

—¿De veras estaba loco?

—No podía controlarse cuando sus nervios estallaban. Me había amenazado, ¿comprendes? Incluso me golpeó en una ocasión, y hubo testigos. Estaban dispuestos a declararlo ante el jurado. Ahora... ahora ya no será necesario.

—Ciertamente. ¿Te parece que puedes reparar un poco mis desperfectos?

—¡Oh, claro que sí! Quítate la chaqueta.

Ella corrió hacia el interior de la vivienda. Su cuerpo ágil y hermoso estaba envuelto en una prenda que parecía flotar a su alrededor revelando los firmes contornos de sus caderas y muslos.

Farrell arrojó la chaqueta a un lado. Ella volvió y contuvo el aliento al ver la pistola y el revólver en su cinturón.

—Está bien, no te pongas nerviosa. Son mis herramientas de trabajo.

—¿Cómo puedes bromear con estas cosas?

—Ven aquí.

—No, si antes no quitas eso de mi vista.

El sacudió la cabeza, sacó las armas y las introdujo en los bolsillos de la chaqueta.

—Ahora, haz tu trabajo —pidió, luego.

—No puedo hacerlo aquí —rió.

—Curarme quiero decir.

Puso manos a la obra. Sus dedos eran suaves y a pesar del dolor que sentía en la infinidad de rasguños que le laceraban se le antojaron las suaves caricias de una noche de amor.

—Cliff...

—Te escucho.

—¿Qué nos está pasando?

—No lo sé. Quizá vivimos demasiado tiempo sin conocernos.

—Y si fuera así... ¿Crees que podríamos recuperar el tiempo perdido?

Farrell trató de verle el rostro por entre sus dedos, que revoloteaban ante él restañándole las heridas.

—Uno puede conseguirlo todo —dijo—, si realmente lo desea. Tal vez nosotros podamos vivir otra vez.

La vio sonreír y calló.

Era cierto que a él también le estaba sucediendo algo insólito con esa mujer a la que apenas conocía, pero que parecía haberse metido en su sangre, como el flujo de una droga.

De pronto, Hattie preguntó:

—¿Estuviste casado alguna vez, Cliff?

—Sí.

—¿Y...?

—No resultó y ambos lo comprendimos a tiempo. No había hijos, así que la cosa fue fácil. Nunca he vuelto a verla.

—Fuiste afortunado. Y ella también —musitó como si hablara para sí misma.

—Me pregunto si aún sigo siéndolo.

—¿Por qué?

—No puedo regresar a mi apartamento, y no me seduce la idea de un hotel.

—¿Es que piensas que te dejaré marchar esta noche?

Antes que ella pudiera apartarse después de terminar su delicado trabajo de compostura, la encerró entre sus brazos y durante unos instantes quedaron mirándose fijamente, como tratando cada uno de penetrar hasta el fondo de los ojos del otro.

—Espero que salga bien esta vez —murmuró Farrell entre dientes.

Y apretándola contra su pecho la besó.

El tiempo y la noche parecieron fundirse a su alrededor dejándoles abandonados a su imprevisto amor.

Sólo que hubo una interrupción cuando llamaron a la puerta, un siglo más tarde.

Hattie ni siquiera lo oyó.

Pero Farrell se incorporó y dijo:

—¿Esperabas visitas a estas horas, querida?

—¿Qué?

—Han llamado.

Hattie dio un respingo.

—¿Estás seguro?

No fue necesario que él replicara, porque de nuevo alguien hizo sonar el timbre.

La muchacha corrió en busca de otro atuendo más adecuado para recibir visitas.

Por su parte, Farrell se abrochó la camisa, sacó el revólver de la chaqueta y caminó pausadamente hacia la entrada.

Antes de llegar golpearon la puerta con los nudillos.

Abrió de pronto, bruscamente, manteniendo el revólver oculto, pero listo para hacer fuego.

El teniente Moore abrió la boca, estupefacto, y se olvidó de cerrarla.

Detrás del teniente, el sargento Carradine se limitó a enarcar las cejas al reconocer al detective.

—Bueno, no te quedes ahí —dijo Cliff—, entra. Y usted también, sargento.

—¿Qué infiernos estás haciendo aquí?

El cerró la puerta y metió el revólver en la funda del cinturón.

—Estoy de visita. ¿Cómo has identificado al tipo si no tenía cara, por las huellas?

—No las teníamos. Nunca fue fichado. Pero la pistola estaba registrada a nombre de Bill Craig y aquí estamos.

—Claro, debí imaginar que sería así de fácil.

—Al parecer eres una visita de confianza —graznó el teniente, señalando su aspecto, en camisa, sin corbata y con el cabello revuelto.

El sargento corroboró suavemente:

—Yo diría que de mucha confianza, teniente.

—Me gustaría que explicaras tu presencia aquí, Cliff. Cuando te largaste de tu apartamento no tenías la menor idea de quién era el tipo muerto en tu alcoba. Y ahora te encuentro en compañía de la viuda y... Porque imagino que ella ya sabrá que es viuda a estas horas.

—Lo sabe. Y te agradeceré que olvides los sarcasmos aquí.

—Está bien. ¿Dónde la tienes?

—No la tengo en ninguna parte. Supongo que estará arreglándose para recibir dignamente a la policía.

—Claro...

Entraron hasta la salita. En la mesilla había vasos con restos de *whisky* y una enorme cantidad de colillas de cigarrillo en un cenicero de cristal.

El sargento se rascó el cogote y graznó:

—¿Qué le parece, teniente? Cualquiera diría que la dama no ha apreciado como debía las atenciones de Farrell y le ha puesto la cara hecha unos zorros...

—No sólo la cara... también le ha despellejado el traje...

Farrell maldijo entre dientes.

—Cuando se cansen de hacer él payaso quizá alguien quiera hablar en serio aunque sólo sea por una vez —espetó.

—Cálmate, muchacho. ¿Quién te arañó si no fue ella?

—El parabrisas de un coche al estallar.

—¿De qué estás hablando?

—Me cazaron por segunda vez y me llevaron de paseo. No me gustó el programa que habían preparado y durante el trayecto formulé algunas protestas. La cosa se complicó y el coche acabó estrellándose.

Los dos policías cambiaron una rápida mirada. Una mirada que ya no contenía el menor síntoma de humor.

—¿Dónde fue eso? —Gruñó el teniente.

—Más allá de Beverly Hills, en las colinas.

—¿Cómo era el coche?

—Un gran «Cadillac» negro.

—¿Y cuántos tipos dices que viajaban en él?

—Tres, además de este servidor cansado y magullado.

Salí disparado por el parabrisas y la experiencia fue más bien desagradable.

—Puedo imaginarlo. Así que tres... ¿cómo acabaron los otros?

—Bueno... tengo la corazonada que uno murió. Los otros dos saltaron del coche antes de que se estrellara.

—Muy bien, Farrell, déjame decirte que estás metido en el peor lío de tu vida, y los has tenido malos de solemnidad.

—No me dices nada que yo no sepa.

El sargento cacareó:

—¡Y lo reconoce!

—Naturalmente. Primero, tratan de liquidarme. Después me muelen a palos y...

—Olvídate de todo esto. No era a esa sarta de insensateces a lo que yo me refería.

Farrell les miró alternativamente, perplejo.

Pero antes que pudiera formular otra indagación, Hattie penetró en la estancia envuelta en una lujosa bata de seda. Se había retocado levemente el rostro y su extraordinaria belleza dejó mudos a los ojos policías el tiempo suficiente para que Cliff pudiera efectuar las presentaciones.

Ella murmuró:

—Supongo que están aquí por lo sucedido con mi marido...

—Naturalmente.

—Creo que será preferible contarles cómo estaba la situación entre Bill y yo.

—Antes de venir hicimos algunas averiguaciones por nuestra cuenta —confesó el teniente Moore—. Sabemos que vivían separados hace más de un año y que usted había solicitado el divorcio. Una demanda por crueldad y malos tratos. Deseaba la separación sin exigir ninguna cantidad en concepto de alimentos...

—Te has movido mucho en tan poco tiempo —dijo Farrell.

—Tuve suerte. ¿Qué tiene usted que añadir, señora?

—Casi nada más. Bill tenía algo que andaba mal en su cerebro. Sabía que ya nunca más volveríamos a vivir juntos, que yo estaba decidida a divorciarme y que sin ninguna duda iba a conseguirlo. Y sin embargo, no cesaba de vigilarme siempre que tenía ocasión...

El detective privado gruñó:

—Fue así como llegó a mi apartamento. Fracasó en su intento de matarme en el aeropuerto y decidió esperarme en mi propia casa, seguro de que volvería a ella. Había estado siguiéndonos a Hattie y

a mí y había decidido que yo debía morir. Fue así de sencillo, y sin saberlo desencadenó el infierno.

—Todo eso lo he sospechado sin tu ayuda. ¿Puedo preguntar qué relaciones les unen a ustedes dos?

Hattie no replicó.

Pero Farrell dijo con firmeza:

—Si nada se interpone, nos casaremos cuando pase un poco de tiempo.

El sargento se atragantó:

—¡Cáspita! —dijo estupefacto—. No me sorprende que el pobre tipo quisiera llenarle de plomo, Farrell.

Éste no le prestó atención porque el teniente estaba diciendo:

—Volvamos a ese coche... Recibimos un informe por el teletipo. Un auto-patrulla llegó al lugar del accidente unos momentos después de que éste se produjera. ¿Lo sabías?

—Creí oír una sirena cuando me escabullía de los alrededores.

—Encontraron a un fulano con un plomo del 45 alojado en el pecho.

El plomo le hizo tiras el corazón, de modo que debió morir en el acto.

—Ése era Renzo.

—En la carretera hallaron a otro. También había recibido un proyectil del 45 en un costado, aunque no era una herida mortal. Pero, además, tenía un hermoso agujero en la frente disparado a quemarropa con una «32». ¿Qué te parece?

—Bucky... aunque yo sólo le herí. Salió disparado del coche.

—¿Le disparaste con una 45?

—La misma de Renzo. Se la quité de las manos y en la lucha el arma se disparó.

—Ya veo...

—¿Revisaron el coche? Deben quedar las huellas del tipo que conducía... Manejada sin guantes, de modo que el volante debe ser todo un muestrario.

—Están cotejándolas a estas horas seguramente. Pero todo esto no es lo peor, amigo.

—¿Qué es lo peor para ti, que el chofer escapara?

—No. Me refiero al equipaje que llevaban en ese coche.

—Yo no vi ningún equipaje.

—Porque no miraste en el baúl. Pero con el choque la tapa saltó y los patrulleros Se encontraron con el regalo.

—¿Quieres decirme de una vez qué...?

—Una chica.

Farrell sacudió la cabeza, tan aturdido como si acabara de recibir un golpe.

—¿Una chica en el portaequipajes?

—Sí. Una chica rubia, de largos cabellos. Casi tan rubia como usted, señora.

Hattie se estremeció.

Cliff dijo:

—¿Muerta?

—Algo más que muerta.

El sargento Carradine gruñó:

—Explíquele, teniente. Si con lo que vio en su apartamento se puso verde, con eso su estómago se le volverá al revés.

Moore gruñó:

—Tal vez sea mejor no mencionar los detalles delante de una señora, sargento.

Hattie susurró:

—¿Tan malo es?

—Peor.

—Hattie, mejor será que salgas un momento. Quiera aclarar esto cuanto antes.

—Está bien, Cliff.

Cuando hubo salido, Moore dijo:

—Se trataba de la chica Courtney. La habían matado a hachazos. Le cortaron las manos y las trituraron materialmente. Su cabeza estaba también separada del tronco y...

—¡Es suficiente!

—¿Qué te pasa, te pones enfermo?

—¡Cállate! Yo no sabía una maldita palabra de ese cadáver...

—Pero viajabas en el coche.

—Seguro, aunque no por mi gusto.

—El fiscal pondrá el grito en el cielo cuando lo sepa y exigirá tu cabeza cuando menos. Tu obligación era denunciar lo sucedido, sobre todo habiendo muerto dos hombres.

—Yo sólo sabía de un cadáver, el de Renzo. A Bucky debió

rematarlo el chofer para que no cayera vivo en manos de los patrulleros y hablara más de lo conveniente.

—Probablemente fue así, pero el fiscal no lo creerá ni en mil años. La chica Courtney es lo mejor que se le ha presentado en su carrera.

—Pero, bueno, ¿qué pasa con esa chica?

—Fue secuestrada hace tres días.

—¡Infiernos! ¿Cómo no se supo una palabra?

—Porque los padres de la muchacha prefirieron callar y seguir las instrucciones de los raptos. Éstos les amenazaron con dar muerte a la chica si denunciaban el rapto.

—¿Y qué pasó, no pagaron el rescate?

—Sí, Farrell —masculló el sargento—. Lo pagaron, sólo que esas bestias del demonio prefirieron asesinarla de mala manera... quizá para que nunca pudiera identificarlos.

Cliff se dejó deslizar en una butaca, perplejo.

De pronto dijo:

—¿Cuándo pagaron por el rescate?

—No lo sé aún. Además, el caso está ahora en manos de los federales.

—¿Podrías averiguarlo, Moore? Ahora quiero decir.

—Pues sí... aunque no veo la razón.

—Telefonea, haz algo, pero entérate. Luego te contaré.

El teniente titubeó. Luego, fue al teléfono y realizó la llamada.

Entretanto, el sargento gruñó:

—Apuesto que esta vez le crucifican, Farrell.

—No veo por qué. Ya les he contado cómo sucedió todo.

—Cuando se lo cuente al fiscal la historia no sonará nada bien, sobre todo por el hecho de haber mantenido silencio sobre lo ocurrido. ¿Qué clase de detective es usted que se carga a dos tipos y ni siquiera se toma la molestia de avisar a los pobres polizontes?

—Reconozco que debí obrar de otro modo, pero estaba herido y cansado, con los nervios destrozados... Necesitaba que alguien me atendiera.

—Alguien como esa señora rubia, ¿eh?

—No la meta en esto, Carradine.

—Ha sido usted quien la ha metido en el lío, no yo. No fue a mí a quien su marido intentó mandar al otro barrio.

Farrell rechinó los dientes. Oyó colgar el teléfono y se volvió hacia el teniente.

Éste gruñó:

—Doscientos cincuenta mil dólares, Cliff. Ése fue el rescate pagado por Frank Courtney, el padre de la chica.

Sintió un atroz escalofrío en todo su cuerpo.

—¡Un cuarto de millón! —jadeó.

—Justo el dinero que tú mismo reconociste que andaban buscando esos tipos que te sacudieron. Ellos estaban seguros de que lo tenías tú.

—Y siguen pensándolo.

—¿Te das cuenta del lío en que estás metido?

—Perfectamente, no soy ningún idiota. Pero tú me crees, Moore, ¿no es cierto? Te he contado exactamente cómo sucedieron las cosas.

—El hecho de que yo te crea o no carece de importancia. Los federales han hincado el diente en este asunto, y el fiscal está frotándose las manos de gusto porque la polvareda que levantará este caso será de las más sonadas de toda la historia del crimen en este estado. Y todo eso significa publicidad, fotos y ver su nombre impreso en letras de molde. Un tipo con un cargo como el suyo es todo lo que puede ambicionar que le ocurra en su carrera.

—Un cargo electivo...

—Ciertamente.

—Dime una cosa... ¿Por qué mataron de esa manera bárbara a la pobre chica? Ni Bucky ni Renzo tenían el tipo de sádico capaz de hacer una salvajada así. Y el tipo que manejaba... Bueno, de ése no sé una maldita cosa. No pude verle la cara, pero hablaba de hacerme pedazos con mucha tranquilidad... como si le gustara la idea.

—Eso no podremos saberlo hasta que le echemos el guante.

El sargento refunfuñó:

—Por la mañana se desatará el pánico en la ciudad. Otra muchacha rubia asesinada de ese modo... y van cinco. Nadie creará que no se trata del mismo criminal, aunque esta vez medie un secuestro y un rescate.

—Eso es justamente lo que me preocupa —reconoció Moore, sombrío.

—Los periódicos van a desgañitarse —dijo Cliff—. Se me ocurre que me gustaría hablar unos minutos con el padre de la muchacha... ese Frank Courtney.

No hubo reacción por parte de los policías, y él se quedó silencioso, estrujándose el cerebro para recordar la cara de cierto hombrecillo que viera sólo un fugaz instante...

CAPÍTULO VII

Realmente, los periódicos de la mañana aparecieron con escandalosos titulares y profusión de fotografías.

Algunas de ellas, con imágenes horribles del cuerpo mutilado de la muchacha.

También publicaban las fotografías de las otras cuatro víctimas del sádico maníaco sexual.

Tal como Farrell vaticinara, los reporteros sensacionalistas no dudaban en achacarle también esa última muerte, a despecho de las circunstancias diferentes que concurrían en el caso, como eran el rapto y el rescate pagado por el padre.

En el *Globe* había algo más.

Una fotografía de Hattie Craig, bellísima, con el delicado rostro aureolado por la soberbia cabellera rubia. Un gran titular rezaba:

«La viuda del hombre bárbaramente asesinado en el domicilio de un famoso detective».

Farrell deseó por unos instantes poder retorcerle el pescuezo al reportero que había escrito el artículo y obtenido aquella fotografía.

Pero el caso era que allí estaba, compitiendo en popularidad con las fotografías de las mujeres asesinadas por el sádico que surgía de la noche, mataba y regresaba a las profundidades de lo desconocido.

No quedó nadie en toda la ciudad y condado de Los Ángeles que no se horrorizase a la hora del desayuno. Los reporteros habían hecho un buen trabajo.

El no leyó los periódicos hasta el mediodía, cuando despertó de aquella especie de sopor en que había estado sumido durante incontables horas.

Compró los periódicos y regresó a la casa, para encerrarse en

ella y leerlos detenidamente.

Sus ojos apagados contemplaron cada una de las fotografías sintiendo la vaga sensación de que pertenecían a su mundo, a alguien conocido, casi familiar.

Leyó los reportajes uno por uno, palabra por palabra. Luego, volvió a fijarse en las fotografías.

Arrugó el ceño en un esfuerzo por recordar.

Todas eran mujeres rubias, aunque no puede decirse que todas resultaran igualmente hermosas. Algunas ni siquiera eran bonitas.

Se fijó en que la más bella de todas era la viuda de Craig.

Su mirada apagada la observó durante mucho tiempo, sin que en aquellos ojos asomara un solo chispazo de admiración por semejante belleza.

Y también era rubia...

Eso debía significar algo... algo concreto, determinado.

Cuando abandonó los periódicos habían transcurrido casi dos horas desde que los comprara como tenía por costumbre.

Entonces se preocupó de su frugal comida, y tras esto revolvió por todo su desordenado dormitorio en busca de algunas ropas limpias para cambiarse antes de acudir al trabajo.

Se sorprendió al ver las extrañas manchas en los puños de la camisa.

Eran unas manchas parduscas, rígidas, que acartonaban la tela.

Perplejo, intentó recordar de dónde procedían.

Parecían...

Eso es; parecían manchas de sangre, sólo que él no recordaba que se hubiera cortado al afeitarse, ni herido de ningún modo.

Desechó aquella camisa y, preocupado, se puso otra apresurándose porque estaba haciéndose muy tarde.

Frank Courtney era un hombre a quien el despiadado golpe del destino había destrozado literalmente.

Viudo desde hacía muchos años, todo su cariño, todo el afecto de que era capaz se volcó sobre su hija.

Pálido y macilento, apenas si dedicó una mortecina mirada al teniente Moore y a Farrell cuando entraron en su confortable casa acompañados por Albin Caleb, su amigo y socio.

—Estuvieron los agentes del FBI haciéndole preguntas hasta muy tarde —explicó Caleb en voz baja—. Por favor, no le molesten

ustedes más de lo necesario.

—Es sólo un minuto. A propósito, ¿quién es usted, pariente del señor Courtney acaso?

—No, teniente. Sólo su socio. Y amigo, por supuesto. Nos conocemos desde hace muchos años.

—¿No tiene parientes?

—¿Frank? No que yo sepa. Sólo vivía para y por su hija. No sé cómo reaccionará ahora... si es que reacciona de alguna manera.

Farrell dijo:

—¿Le importaría dejarnos solos un momento?

Albín Caleb titubeó, pero al fin asintió y salió de la estancia.

—Señor Courtney, por favor... —empezó el teniente.

El hombre se volvió poco a poco.

—¿Más policías?

—No le molestaremos mucho.

—No importa... ahora ya nada importa.

Moore dirigió una mirada a Farrell y se encogió levemente de hombros.

Fue el detective quién se adelantó y dijo:

—No vamos a hacerle las preguntas que ya ha debido responder demasiadas veces antes de esta mañana. Sólo se trata de clarificar unos puntos oscuros.

—Si sirven para capturar a esas bestias salvajes, pregunten lo que quieran. Ella... mi pobre Virginia, era tan dulce, tan adorable...

—Sabemos que le llamaron por teléfono fijando la cantidad para el rescate. Después, por temor a que su teléfono estuviera intervenido, se comunicaron con usted por carta. ¿Es así?

—Ciertamente.

—¿Le indicaron ellos quién debía servir de intermediario para la entrega del dinero?

—No... sólo exigían que yo enviase a alguien. Compré un maletín y reuní el dinero... casi todo lo que tenía. Le pedí a Albín que se ocupase de todo, pero él prefirió no apartarse de mi lado. Nunca podré agradecerle lo que ha hecho estos días.

—Entonces, ¿quién fue a realizar la entrega del dinero?

—Pero si ya lo declaré antes...

—Repítalo ahora, por favor.

—Al fin enviamos a Wilkins, nuestro contable. No ha vuelto a

saberse nada de él desde entonces.

—Ni de él ni del dinero —gruñó el teniente, ceñudo.

—Quizá lo mataron también —suspiró Courtney.

—¿Sabe dónde podríamos obtener una fotografía de Wilkins?

—Vivía a poca distancia de la oficina, en una pensión o algo así.

Tal vez allí...

—¿Se hizo alguna lista del dinero del rescate?

—No... ni se marcó tampoco. Insistieron mucho sobre eso, amenazando con dar muerte a mi hija si... si se les preparaba cualquier trampa. Aseguraron que tenían un experto en descubrir marcas en los billetes. Reuní todo el dinero en billetes gastados, viejos...

Farrell se volvió hacia el teniente.

—¿Quieres hacerle alguna pregunta más?

—No creo... Gracias por atendernos, señor Courtney.

El hombre esbozó un saludo y salieron de la casa. Afuera, Farrell encendió un cigarrillo y comentó:

—¿Puedes conseguir una fotografía de ese tal Wilkins, viejo?

—Tal vez... pero quisiera saber qué se está cociendo a mi alrededor, Cliff. Estoy faltando a mi deber por ti al ocultarle al fiscal lo que sé respecto a lo sucedido contigo. Eso puede costarme el puesto, de modo que piénsalo bien antes de complicarme en cualquiera de tus chanchullos.

—Necesito ver esa fotografía, Moore. Entonces estaré en condiciones de decirte mucho más.

—Está bien. Te llamaré cuando la tenga, si es que existe.

La imagen del hombrecillo continuaba danzando en su mente y Farrell comenzaba a impacientarse.

CAPÍTULO VIII

Era ya muy tarde cuando Farrell entró en el despacho del teniente. Como de costumbre, se coló dentro sin llamar, sólo que esta vez se detuvo al advertir que Moore tenía una visita.

—Lo lamento, creí que estarías solo.

—Entra. Éste es el doctor Hogan, psiquiatra asesor del Departamento de policía. Doctor, le presento a Cliff Farrell, un desertor de nuestra Brigada de Homicidios. Y ahora siéntate y déjame terminar.

Farrell estrechó la mano del médico y sentándose estiró sus largas piernas.

El teniente añadió:

—Estábamos hablando de ese maldito chiflado que se dedica a despedazar rubias. Al parecer, el doctor se ha formado una teoría sobre él.

—Ciertamente, así es —dijo el médico, sonriendo—, aunque no pretendo que sea acertada. La mente humana es un mecanismo demasiado complejo para que podamos permitirnos el lujo de hacer afirmaciones rotundas sobre su funcionamiento.

—No obstante, expóngala. Siempre tendremos algo más de lo que poseemos ahora, que es una gran cantidad de nada.

—Bien, tal como usted pidió, estudiamos este asunto en equipo. Varios colegas y yo, analizando todos los detalles. Al principio no obtuvimos gran cosa, excepto llegar casi a la convicción de que nuestro hombre actuaba bajo impulsos inesperados, fuera de control. Más claro; que no planeaba sus crímenes. El primero fue cometido en un descampado, y utilizó una gran piedra como arma. El segundo, en un sótano, donde se valió de una barra de hierro que encontró a mano. En ambos casos, arrancó los vestidos de sus víctimas a zarpazos. No cabe ninguna duda que no tenía pensado matar, porque si lo hubiese planeado con tiempo se hubiera

provisto de un arma adecuada para lo que se proponía.

—Eso es cierto —rezongó Moore entre dientes—. Y el tercero lo cometió con un cuchillo de cocina perteneciente a la víctima...

—¿Y recuerda cómo mató a la cuarta mujer rubia? —intervino de nuevo el médico—. La machacó materialmente con una enorme llave inglesa que encontró en el garaje. El mismo garaje donde sorprendió a su víctima. Y esta última ha sido despedazada con un hacha... aunque según usted existen dudas de que el crimen haya sido cometido por el mismo hombre.

Moore se encogió de hombros.

—Se trata de algo más que dudas, doctor, porque la última muchacha muerta había sido raptada previamente, y se había pedido un rescate por ella. Aunque reconozco que el salvajismo con que fue muerta hace pensar en un loco también.

Farrell intervino por primera vez.

—¿Qué puede impulsar a ese individuo a matar, doctor?

—Es muy difícil saberlo. Una teoría más o menos aventurada consiste en que en su subconsciente guarda un profundo resentimiento contra una mujer determinada. Una mujer rubia, concretamente. Puede ser un trauma reciente... tal vez una rubia le humilló, o se burló de él o le excitó hasta el paroxismo, sexualmente, para luego arrojarle de su lado con desprecio. O bien...

—¿Sí, doctor?

—Puede darse el caso de que la cosa venga de más lejos. Si su cerebro está realmente tarado desde su nacimiento, el trauma pudo ser provocado durante su infancia. He conocido otros casos, aunque no con la virulencia de éste. Alguien, generalmente una sirvienta inculta y brutal, maltrata a un niño, le humilla. El niño no puede librarse de una persona mayor. La teme, le horroriza y soporta todo lo que ella hace contra él. Pero en lo más profundo de su cerebro, en ese arcano que denominamos subconsciente, va formándose la idea del desquite... un desquite que sólo podrá tomarse cuando sea lo bastante fuerte para vencer a su torturadora.

—Ya veo...

—O sea, cuando sea un hombre fuerte. Pueden pasar años sin que suceda absolutamente nada que le distinga de los demás hombres. Pero de pronto, algo se dispara y le convierte en un

maníaco homicida. El identifica al objeto de su humillación y su terror en cualquier otro ser que tenga alguna característica común con él... en este caso, por ejemplo, la cabellera rubia.

—Continúe.

—Si sólo mata —suspiró el doctor—, puede ser que el oscuro recuerdo que late en su mente sea sólo de malos tratos. Pero si se ensaña con su víctima, si la mancilla, es más que probable que el origen de todo tuviera también humillaciones sexuales, por ejemplo.

—Éste podría ser el caso de nuestro asesino —rezongó el teniente, preocupado.

—De lo que no cabe duda es que obra completamente descontrolado. Es como un resorte que se dispara, y entonces actúa dando rienda suelta a su rencor y a su odio. A menos que no encuentre el sujeto de ese odio, por supuesto. Creo que si en lugar de una mujer rubia, sorprende a otra con cabello negro ni siquiera la mirará dos veces.

—¿Eso es todo, doctor?

—Estamos trabajando en el caso, teniente. Además, he pedido una relación de enfermos de estas características que hayan pasado alguna vez, durante los últimos años, por las clínicas y hospitales psiquiátricos de California.

—Gracias por ahorrarme ese trabajo —sonrió el teniente, cansado—. Manténgame informado, por favor.

El médico se despidió de los dos hombres y abandonó el despacho.

Farrell comentó:

—Ese reductor de cabezas no ha aclarado nada concreto con toda su palabrería.

—Están trabajando solo con hipótesis. No puede exigírsele mucho más en estas condiciones.

—¿Tienes esa fotografía a mano?

—Seguro.

Le tendió una cartulina en la que estaba reproducido el rostro de un hombre. Era la cara fofa y sin carácter de alguien anodino, que no habría llamado la atención en ninguna parte.

El detective se echó atrás en su asiento y suspiró.

—Ése es el tipo —murmuró—. Casi estaba seguro...

Moore se enderezó con viveza.

—¿Dónde le viste?

—En el aeropuerto, cuando eché a correr detrás del que me había disparado los tiros. Le arrollé. Recuerdo que llevaba una maleta y ambos rodaron por el suelo, en medio de un revoltijo de gente que se atropellaba histéricamente.

—De modo que...

—¿No comprende? El llevaba una maleta y la perdió cuando yo le tiré de espaldas impulsivamente. Después, la gente se le echó encima... todo el mundo corría de un lado a otro...

—¡Acaba, maldita sea!

—Su maleta era como la mía. Cuando se aclaró el tumulto él atrapó «mi maleta» y se esfumó. Courtney compró un maletín nuevo aquella tarde, para llevar el dinero del rescate. Yo también compré uno, de un modelo corriente, como se ve en todas las tiendas de artículos de viaje.

Moore empezaba a sentir un extraordinario hormigueo en todo el cuerpo.

—¿Quieres decir que cambió la maleta del rescate por la tuya?

—Ni más ni menos. Debió llevarse una condenada sorpresa cuando la abrió y encontró mi sencillo equipaje.

—¡Por todos los diablos, Cliff! ¿Te has vuelto loco? ¡Tú tienes ese dinero... lo tienes ahora, lo has tenido desde el principio...!

—Sí.

—¡Y no lo entregaste... no dijiste una maldita palabra!

Moore parecía a punto de ahogarse.

Farrell gruñó:

—No te alteres. En realidad, yo no supe que mi maletín contenía un cuarto de millón de dólares hasta mucho después. Ese condenado maletín fue la causa de que Bucky y sus camaradas se me pegaran como sanguijuelas. Su jefe me vio abandonar la terminal con él en la mano y pensó que allí el hombrecillo, ese Wilkins, me había pasado el tesoro. Entonces no sabía quién era yo, pero sí conocía el maletín, así que hizo sus averiguaciones y lo demás ya lo sabes.

—¡No sé ni una décima parte de lo que quisiera! ¿Dónde está ese dinero ahora?

—En un compartimento de alquiler, en Correos. Tengo la llave escondida en el coche.

—¡Pero, hombre, tú debes estar loco! ¿A quién se le ocurre guardarse el importe de un rescate...?

—Más despacio, viejo. Yo ignoraba que se tratara de un rescate. Entonces no sabía una palabra sobre el rapto de la muchacha. Más bien pensé que era producto de algún robo o algo así.

—Maldito si me importa lo que pensaste. Estoy tratando de pensar lo que dirá el fiscal después de esto, y te aseguro que eso sí me preocupa.

—¡Al diablo con el fiscal! Tenemos casi todos los triunfos en la mano para conseguir un éxito como se dan pocos en la vida de un polizonte.

—¿De veras?

—Yo no voy a sacar un centavo de todo esto, y he perdido el momio de San Francisco. Iba a ganarme buen dinero por ese trabajito. Así que lo menos que puedo pedir es un poco de publicidad. Eso siempre le viene bien a mi negocio.

—Vamos a buscar ese dinero —decidió Moore de pronto.

—Aún no.

—¿Qué maldito embrollo nuevo estás tramando ahora?

—Piénsalo un poco, viejo. El hombrecillo debe haber descubierto el cambiazo de maletines. Cualquiera en su lugar trataría de averiguar mi identidad... y apuesto que lo ha hecho. El debió verme tramitar mi pasaje con la azafata. Un pasaje lleva un nombre y él lo sabe. A menos que tomase un avión, habrá vuelto a la terminal para interrogar a la muchacha.

—Ya veo.

—Ajá. Querrá recuperar su maletín a toda costa. Lo mismo que el fulano que dirigía a Bucky y compañía.

—Demasiada gente detrás de lo mismo. Ahora más que nunca es preciso que ese dinero esté en un lugar más seguro que esa caja de alquiler...

—Sólo tú y yo sabemos que está allí.

—Pero a ti pueden volver a echarte el guante. Un hombre puede resistir hasta cierto límite la tortura y tú lo sabes. Si te obligan a hablar nunca más veremos ese dinero.

—Quizá tengas razón...

—¡Claro que la tengo!

Sé levantó resueltamente.

—Vamos —decidió.

Farrell le siguió sin mucho entusiasmo. El crepúsculo se cernía, sobre, la ciudad y las calles eran un espeso hormigueo.

Recuperó la llave de entre la tapicería y la entregó a Moore.

—Ésta es. A propósito, ¿qué hay de las huellas del volante del «Cadillac»?

—El coche era robado, por supuesto. Y en cuanto a las huellas, pertenecen a Allen Bridgers, el inquilino de la casa incendiada. No fue difícil encontrar su ficha.

—De modo que ya había tenido tropiezos con la ley anteriormente.

—En realidad, nunca fue condenado, pero sí procesado por corrupción e intento de soborno político. No se le pudo probar nada en absoluto y quedó libre. Por aquel entonces, la policía chapoteó en un estercolero. Todo lo que Bridgers tocaba apestaba a una milla de distancia.

—¿Crees que es quien planeó el secuestro de la chica Courtney?

—¿Quién otro si no? Por doscientos cincuenta mil dólares, esa rata sería capaz de hacer algo mucho más grave que raptar a una muchacha.

—¿También asesinarla con tamaño salvajismo?

—Bueno...

—Hay algo más en este asunto, viejo. Es una corazonada si quieres, pero es todo muy extraño. Primero, el hombrecillo con el dinero, que no entregó. Luego, esa pandilla intentando recuperar el cuarto de millón, convencidos de que Wilkins me lo había entregado en el aeropuerto... Y la muerte de la muchacha y todo lo demás.

—Lo de la muchacha no ofrece dudas. La llevaban en el portamaletas de su auto, el mismo con el cual iban a darte el paseo definitivo. Por consiguiente, ellos la asesinaron.

—Pero ¿por qué de semejante manera? Con las manos trituradas, la cabeza cortada... ¿Por qué de ese modo, Moore? —repitió, intrigado.

Estacionó el coche cuando el teniente decía:

—Eso no deja de intrigarme también a mí. En todo el *dossier* de Allen Bridgers no hay ni la sombra de sadismo. Más bien es un fulano escurridizo y ladino al que no se le conocen antecedentes de

violencia.

—Más a mi favor.

—No obstante, alguien la mató, y Virginia Courtney estaba en poder de esa pandilla sin ninguna duda.

—Tal vez trató de escapar...

—¿Y la capturaron de nuevo? Demasiado complicado.

El teniente localizó el compartimento que le indicaba el detective, introdujo la llave y abriéndolo sacó el maletín.

De nuevo en el coche, ordenó:

—Llévame a mí oficina. Depositaré ese dinero y trataré de hablar con el fiscal. Debe estar subiéndose por las paredes.

—Se me ocurre que si cazáis pronto a ese demente sanguinario, la publicidad que va a recibir el fiscal no será precisamente de su agrado.

—Eso no me preocupa demasiado, aunque te aseguro que no duermo por las noches, pensando que ese engendro puede destrozar a otra chica rubia... A propósito...

—¿Qué?

—Esa viuda... «tú» viuda. También es rubia.

Farrell se estremeció, pero no dijo nada.

Era la primera vez que pensaba en Hattie en esos términos...

Como víctima del sádico maníaco sexual que se agazapaba en algún lugar de la ciudad, amenazador como la encarnación de la muerte.

Y la idea no le gustó, naturalmente.

CAPÍTULO IX

Hattie le rodeó el cuello con los brazos tan pronto cerró la puerta. El la besó y, sorprendido, notó el temblor en todo su cuerpo.

—¿Qué te sucede, querida? —murmuró.

—Tengo tanto miedo... Estuve llamándote un millón de veces a tu oficina.

Apartándola con suavidad, la contempló con el ceño fruncido.

—¿Miedo? No comprendo... ¿De qué?

—Me ha seguido, Cliff... ese hombre horrible.

—Pero si murió. No hay duda que él murió.

La mujer sacudió la cabeza.

—No se trata de Bill.

—Bueno, cálmate, no es nada sorprendente que alguien té siga por la calle. ¿No te miraste al espejo últimamente?

—¡Por Dios, no bromees! Estaba ahí fuera, vigilándome, acechándome desde el otro lado del seto. Estuve tentada de llamar a la policía, pero antes quise intentar encontrarte. ¡Oh, cariño, te necesitaba tanto...!

Él se desprendió de sus brazos.

—¿Quieres decir que el individuo que te siguió estuvo espíandote desde el jardín?

—Se quedó al otro lado del seto, cerca de la entrada.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé... Mucho.

—¿Y luego?

—Simplemente, se fue, creo. Hubo un momento en que miré y ya no le vi. Quizá estaba escondido en otro lugar, porque ya había oscurecido. El caso es que no volví a verle.

—¿Cómo era ese tipo?

—Alto, casi tanto como tú, pero extremadamente delgado. Y sus ojos, Cliff... Eran horribles... Parecía que no parpadeaban, fijos

como los de una serpiente.

Farrell comenzaba a inquietarse, quizá influenciado por lo que estaba sucediendo en la ciudad, o tal vez por las palabras del teniente, que aún zumbaban en su mente.

—Saldré a dar un vistazo por los alrededores —dijo de pronto.

—¡No quiero volver a quedarme sola!

—Con las ventanas cerradas y la puerta atrancada no tienes nada que temer. Además, no me alejaré mucho. Tranquilízate.

—¡No quiero que salgas ahora! Está demasiado oscuro y si se ocultó en cualquiera de los jardines vecinos tampoco lo verías.

—No creo que se quedara en los alrededores. Debió marcharse cuando se cansó de mirar. Hay tipos así, linda. Siguen a una mujer sin atreverse a abordarla en la calle. Luego la espían a distancia, en su casa, con la esperanza de verla desvestirse o algo así. Ése debía de ser uno de estos reprimidos.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Son pobres tipos inofensivos.

—Quizá sí, pero con todo lo que publican los periódicos estoy asustada de una manera horrible.

—Tranquilízate.

La besó nuevamente y todo el cuerpo de Hattie se relajó. Ahora, él lo sintió dócil y suave entre sus manos.

Entraron después y Farrell preparó dos vasos, les vertió *whisky* y hielo y ambos brindaron en silencio.

Ella preguntó:

—¿Vas a quedarte esta noche?

—Ésa es la idea por lo menos.

—¿Sabes? Me siento tan segura cuando estás conmigo... ¿No te parece ridículo que una mujer con mi experiencia haya tardado tanto tiempo en experimentar algo así?

—Sobre todo, una pobre anciana como tú —rió Cliff, apurando el vaso.

—Ríete si quieres, pero nunca antes había sentido algo igual.

—Bueno, yo tampoco si vamos a eso.

Estaban muy juntos, en el diván. No necesitaban hablar para compenetrarse y sentir el calor de la proximidad mutua. Realmente, Farrell no había sentido nunca antes un sentimiento semejante de plenitud, de ternura por una mujer.

Poco a poco fueron sumergiéndose en la bruma del deseo, con el olvido total de la realidad que latía a su alrededor.

Entonces sonó el teléfono y ambos dieron un respingo.

Cliff barbotó un juramento. Ella se levantó y descolgó el auricular.

—Hable —murmuró con voz ronca.

Escuchó y luego dijo:

—Es para ti, querido... El teniente Moore.

—¡Maldita sea!

Atrapó el teléfono y ladró:

—¿Qué te pasa ahora?

—¿Cliff? Pensé que te encontraría ahí. Bueno, ven a mi despacho.

—¿Qué, ahora?

—Inmediatamente.

—Pero ¿qué ocurre?

—Necesito que realices una identificación. Además, te diré que el fiscal está considerando seriamente la idea de echarte el guante. También habló de hacerte comer la licencia y otras lindezas por el estilo.

—¡Que se muera! ¿A quién quieres que identifique?

—Si dejas de hablar y vienes lo verás.

—Preferiría dejarlo para mañana, viejo.

—¡Olvídate de esa dama por un rato y ven!

Sonó un chasquido y la comunicación quedó cortada.

Cuando se volvió, Hattie estaba mirándole con sus enormes ojos llenos de preocupación.

—¿Tienes que irte? —susurró.

—Sí.

—Pero ahora... esta noche...

—Será sólo una hora. Se trata de que identifique a alguien. Volveré pronto.

Ella se estremeció.

—¿Y si aparece otra vez ese hombre, Cliff?

—Olvídalo. De todos modos, cuando yo haya salido cierra la puerta por dentro y asegura las ventanas. No creo que ese individuo, aunque quisiera entrar, pueda filtrarse por las paredes.

La besó apresuradamente, quedaron mirándose un instante y

después él salió, esperando fuera hasta que oyó cerrarse la puerta y correr el pasador de seguridad.

Entonces se alejó hacia el coche, extrañamente inquieto y deseando que Moore no le hubiera llamado esa noche precisamente...

Era como si todo volviera a repetirse ante sus ojos sombríos.

Como si ya hubiera vivido esa misma situación, con la única diferencia de que ahora sabía que ella estaba allí, con sus guedejas rubias, su insolente seguridad y sus manos sudorosas.

Aquellas mismas manos que azotaban su cuerpo desnudo de niño desvalido...

Había esperado ese momento durante toda la vida. No comprendía cómo había podido esperar tanto tiempo sin hacer algo, sin destruirla, sin destruir aquellas manos que caían sobre su cuerpo una y otra vez, hasta el espasmo final de terror y asco.

Ahora sabía que estaba allí, y el hombre se había marchado.

Se irguió despacio, viendo la luz de la ventana y la oscuridad que lo envolvía todo. Saltó por entre el seto recortado y, agazapado, se acercó a la casa pisando como un loco al acecho.

La tormenta rugía dentro de su cerebro. Una tormenta mortífera como una pistola cargada. Y estaba sorprendido de sí mismo.

Eso era; sorprendido.

Hubo un momento que se quedó muy quieto, envuelto en la oscuridad, saboreando su propia sagacidad al descubrirla, al identificarla, al saber dónde encontrarla.

Y era mucho más hermosa de como la recordaba, y en la fotografía no era tampoco tan corpulenta, aunque uno nunca sabe nunca la verdad guiándose sólo por una foto como la del periódico.

De todos modos estaba allí, al alcance de su mano.

Reanudó su lento camino hasta el pie de la ventana iluminada.

Había una delgada cortina al otro lado, tan fina que la luz la hacía transparente.

Fue a través de ella que vio a la mujer rubia encendiendo un cigarrillo. Estaba casi tendida en un amplio diván y el humo aureolaba su larga cascada dorada.

El apretaba tanto las mandíbulas que sus dientes chirriaron.

Se preparaba para romper la ventana cuando ella se levantó, apagando el cigarrillo en un cenicero. Como hipnotizado, la vio

apagar la luz y abandonar aquella estancia.

Mejor así. Podría entrar sin alarmarla demasiado...

Un instante después, otra ventana se iluminó, unos pasos más allá.

Él se deslizó pegado a la pared. En esa segunda ventana, la cortina era más espesa, pero no tanto que no le permitiera ver a la mujer, aunque con menos claridad.

Estaba ahora en un hermoso dormitorio y empezaba a desvestirse.

A él se le secó la garganta.

Le pareció que todo volvía a suceder en esos instantes. La mujerona quitándose el vestido. Sus ojos crueles y extraños mirándole tendido ante ella, indefenso, pobre chiquillo débil y sin fuerzas.

Inconscientemente emitió un sordo gruñido, el rugido de una bestia furiosa acechando en la oscuridad.

Volvió atrás rápidamente y tanteó la primera ventana. Estaba bien cerrada, y si rompía el cristal haría demasiado ruido... Ella podría huir, tal vez llamar a alguien por teléfono antes que pudiera apresarla entre sus manos ansiosas.

Ceñudo, impaciente, empezó a rodear la casa buscando un lugar por el que entrar sin alarmar a nadie...

A bordo del coche policíaco, Farrell gruñó:

—Si se trata del hombrecillo, no hay duda que Bridgers consiguió cazarlo...

Sólo obtuvo un gruñido como respuesta. Poco después, el teniente estacionaba en las cercanías de la Morgue.

El encargado les miró tristemente, como si tuviera algún resentimiento personal contra los vivos, que eran los únicos que podían causarle quebraderos de cabeza. Sus «clientes» nunca le provocaban problema alguno.

—Hola, Bill. ¿Cómo están tus huéspedes? —cacareó el policía, acodándose sobre el mostrador de la entrada.

—Esperando el desayuno. ¿Qué pasa por el mundo, teniente?

—No mucho, y nada bueno. Queremos dar un vistazo a un tipejo que trajeron hace una hora o algo así. Sin documentos, de baja estatura.

—Sí, ya sé... El de la cuchillada.

Farrell se estremeció.

Moore sólo dijo:

—Ése.

Siguieron al hombre de la bata blanca hasta la cámara. En el aire flotaba un fuerte olor a desinfectantes. Farrell sintió un agudo vacío en el estómago.

Bill, el guardián de la casa de los muertos, se detuvo y tiró de una de las camillas metálicas.

El artilugio se deslizó por sus bien engrasados rieles. Una vaharada de aire helado salió junto con la camilla.

—Ahí lo tiene. No es ninguna belleza, ¿sabe?

Retiró la sábana hasta la mitad del pecho del cadáver.

Le habían cortado la garganta, pero por lo demás su rostro estaba intacto.

—Es él, mi hombrecillo —graznó Farrell, estremeciéndose.

—Casi estaba seguro, pero por la fotografía no podía afirmarse.

—¿Dónde lo encontraron?

—Frente a tu casa, muchacho.

Se quedó rígido.

—¿Qué?

—Dentro de un coche, derribado sobre la alfombrilla. Un guardia lo descubrió.

—Y ante mi domicilio.

—Ajá. Te esperaba para recuperar el dinero sin duda. Llevaba con él tu maleta... la que contiene tu equipaje. Está en jefatura.

—De modo que lo intentó. ¿Tú comprendes lo que está pasando con este asunto, Moore?

—No mucho, la verdad. Hemos hecho averiguaciones respecto a este tipo. Era uno de esos individuos anodino, rutinario, solterón e introvertido. Apenas se relacionaba con nadie, no tenía amigos, y hasta donde sabemos tampoco mantenía relaciones con ninguna mujer. Y de pronto agarra un cuarto de millón del que dependía la vida de la hija de su jefe y trata de escapar con el dinero. Absurdo.

—Quizá consideró que había estado perdiendo el tiempo todos estos años y decidió vivir a lo grande, aunque sólo fuera para recuperar una parte de su vida pasada como un vegetal.

—Eso debió de suceder. Ahora ya no podrá decírnoslo.

—Salgamos de aquí.

Subieron otra vez al vestíbulo. El teniente hizo un gesto de despedida y gruñó:

—Felices sueños, Bill.

—¿Sueños? Tengo pesadillas.

Mientras el policía conducía su coche de regreso a su despacho, comentó:

—A veces me gustaría haber aprendido otro trabajo que no fuera el de policía, Cliff.

—Estás haciéndote viejo.

—Ya lo sé, pero no se trata de la edad. Estoy saturado, ¿comprendes? Harto de bastardos degenerados. De cadáveres hechos trizas. Bill tiene razón... Yo también empiezo a tener pesadillas cuando consigo reconciliar el sueño.

Farrell le observó por el rabillo del ojo. El rostro del teniente Moore estaba macilento y tenso.

—Pues estás apañado —comentó entre dientes—, con un loco homicida suelto por las calles.

—No me lo recuerdes. Se ha convertido en mi obsesión. Tengo a la mayoría de mis hombres ocupados en este asunto y no adelantan un solo paso. Mi única esperanza es que el doctor Hogan consiga alguna pista en los manicomios del estado.

—Personalmente, opino que ese fulano no ha sido tratado nunca en ningún sanatorio. De haber sido así, es lógico imaginar que habrían podido curarlo, o por lo menos dejarle en condiciones de que no pudiera hacer daño a nadie.

—Uno nunca sabe tratándose de esa clase de locos...

No volvieron a despegar los labios hasta que detuvo el coche en el sótano del gran edificio policíaco.

—Podrás volver con tu hermosa rubia cuando hayas firmado unos documentos arriba, Cliff.

Sólo le replicó un gruñido.

En el elevador, Farrell le espetó:

—¿Habéis devuelto el dinero a Courtney?

—Aún no. De momento, esos billetes son una pieza de convicción. Y a propósito de eso... Tienes que formular una declaración en regla y firmarla.

—No esperarás que lo haga esta noche.

—Por la mañana estará bien.

Cuando se separaron, Farrell pensó que el policía parecía haber envejecido en las últimas horas.

Tomó su coche y emprendió el regreso.

CAPÍTULO X

Estaba en el dormitorio, preparándose para entrar en el baño, cuando oyó el chasquido de un cristal al romperse.

Ahogó un grito de pánico, atrapó la bata y echó a correr hacia la sala, hacia el teléfono.

No se le ocurrió pensar que la salvación estaba precisamente en hacer todo lo contrario: saltar por la ventana del dormitorio y escapar, mientras el intruso la buscaba por toda la casa...

Hattie sólo pensó en pedir socorro a la policía, a Cliff, que debía encontrarse con aquellos policías que le llamaran esa noche...

En el pasillo en penumbra tropezó violentamente con el hombre que salía de una habitación, por la que debía haber entrado.

El impacto fue tan violento que casi lo derribó. Ella lanzó un agudo chillido y siguió corriendo, entró en la sala y cerró la puerta.

Miró a su alrededor desesperadamente. Al fin, agarró una silla y trató de colocarla en la puerta, apalancándola para que él no pudiera abrirla.

Antes que pudiera conseguirlo hubo un sordo impacto contra las puertas y éstas se abrieron con violencia, empujándola hacia atrás.

El entró a trompicones y se detuvo en medio de la estancia, mirándola con sus ojos inexpresivos, glaucos casi.

Hattie intentó cubrirse con la bata. Pero el teléfono era más urgente. Se lanzó sobre él, sólo que de nuevo él la ganó por la mano. Le dio un terrible empujón y tras esto arrancó el cable de la pared.

Después se volvió.

—Ahora... no podrás hacerme nada —balbuceó.

—¡Déjeme... váyase! —chilló la muchacha.

—No... ahora no. He de acabar pronto. Creías que no crecería, ¿verdad? Seguro que pensabas eso, que siempre podrías golpearme y humillarme...

—¡Está loco! Nunca le había visto antes de ahora... ¡Le juro que nunca le hice daño...!

—¡Cállate!

Ella temblaba. Confusamente, se daba cuenta que no le quedaba ninguna esperanza. Aunque gritara con toda su voz nadie la oiría porque las casas estaban demasiado aisladas en esa calle.

—A ti... no tendré que quitarte ninguna ropa... He llegado en buen momento...

Miraba a su alrededor, con la cabeza oscilando sobre sus hombros escuálidos. Al fin, sus ojos de pescado se clavaron en la chimenea decorativa. Sonrió y dio los pasos que le separaban del hogar. Cerró los dedos en torno a un atizador puntiagudo como una espada.

Se volvió, balaceándolo en la mano.

Hattie casi alcanzaba la ventana.

—¡No huyas! —rugió.

Con un salvaje impulso le arrojó el atizador con todas sus fuerzas.

No le acertó, pero el hierro reventó la ventana con un estrépito como el de una bomba. Luego, echó a correr y se arrojó sobre la muchacha con un salto torpe y pesado. Ambos rodaron en confuso montón entre alaridos de terror y carcajadas demenciales...

Farrell oyó el estallido de los cristales cuando se apeaba del coche.

Dio un brinco y echó a correr. Voló materialmente por encima del seto y con la angustia atenazándole atravesó el jardín como una flecha.

Vio la luz, y la ventana rota, y al llegar a ella sorprendió el revuelo de los dos cuerpos enzarzados luchando igual que gatos salvajes.

Pasó el brazo por el cristal roto y abrió la ventana, saltando al interior. De un zarpazo atrapó al hombre por los cabellos y tiró de él con todo el furor del infierno, empujándole.

Lo levantó en vilo, volteó el brazo y le descargó un trallazo tremendo. Con un chillido, él se fue dando tumbos, atravesó toda la sala y golpeó la pared del otro lado, derrumbándose al fin.

Hattie estaba acurrucada sobre la alfombra, estremeciéndose y sollozando. Sobre todo su cuerpo aparecían sangrientos arañazos

que goteaban rojo.

—Ya pasó, pequeña... —dijo, ayudándola a levantarse.

Ella se apretó contra su pecho, temblando, llorando, estremecida de terror.

—Cálmate...

—Creí que... que...

—Olvidalo.

La apartó suavemente, recogió la bata del suelo y gruñó:

—Ponte eso. Yo me ocuparé de nuestro amigo...

—¡Cuidado!

Se revolvió como una fiera.

El asaltante avanzaba con un largo atizador de dos puntas en la mano. Tenía la nariz rota y la sangre escurría de ella como una fuente.

Pero ahora sus ojos eran dos simas que llameaban. Incluso a Farrell le produjeron un escalofrío de pánico.

Retrocedió, empujando a la muchacha y buscando el revólver bajo la chaqueta.

—¡Deténgase! —gritó—. ¡Deténgase donde está!

El enseñó los dientes en una mueca de lobo, pero siguió avanzando paso a paso.

Farrell levantó el revólver.

—¡Quieto ahí! —rugió—. ¡Quieto o le vuelo la cabeza!

Era como si ni siquiera viera el revólver. Continuaba avanzando paso tras paso, rechinando los dientes, blandiendo el atizador.

—¡Nos matará, Cliff! —chilló Hattie.

Farrell tiró suavemente del gatillo. El ensordecedor estampido estremeció las paredes y el proyectil tiró de espaldas al demente.

—La próxima vez te mataré, mala bestia —rechinó el detective, colérico.

Él se levantó poco a poco. Tenía el brazo derecho inerte, con la clavícula rota por el disparo. Se miró la sangre y luego sus ojos estremecedores fueron hacia Hattie con todo el odio del infierno asomando a ellos.

—Tú... tú empezaste esto...

—¡Atrás! —Gruñó Farrell.

Ni siquiera le hizo caso. Tal vez ni le oyó.

Sólo era capaz de verla a ella, a su cabellera rubia, a sus manos

cruzadas sobre el desnudo pecho. Aquellas manos que había de destruir.

Farrell disparó de nuevo, y esta vez la bala le dio en el estómago con un golpe feroz que le dobló angustiosamente.

Trastabilló, sosteniéndose aún por la insania terrible de su rencor y de su odio. Después, cayó de rodillas, gimoteando, y doblado sobre sí mismo enterró la cara en la alfombra.

—Llama a la policía, Hattie... Al teniente Moore.

—El... arrancó el teléfono.

—¿No tienes otro?

—Una extensión, en mi dormitorio, pero no funcionará en estas condiciones.

—Muy bien, vístete mientras yo vigilo a esa mala bestia. Es capaz de levantarse a pesar del balazo.

Ella salió corriendo. Farrell se acercó al gimoteante individuo y le descargó un puntapié que lo tiró de costado.

—¿Cómo te llamas? ¿Por qué querías matarla? —le espetó.

A él le castañeteaban los dientes como si estuviera bajo un agudo ataque de fiebre. No pudo responder. O quizá no oyó la voz del detective, sumergido en su propio mundo de locura y de muerte.

Cuando ella volvió, ya vestida, los quejidos del demente eran más débiles y espaciados.

—¿Está...?

—No saldrá de ésta. ¿Hay algún teléfono cerca de aquí?

—En la calle... Una cabina.

—Llama desde allí. Apresúrate.

—Sí, Cliff...

Farrell se dejó caer sobre el diván, sin perder de vista aquella masa estremecida que era un cuerpo agonizante. Estaba casi seguro que se trataba del mismo asesino que había matado a las otras mujeres y se preguntaba qué debía pensar en esos instantes supremos de dar el gran salto, si es que pensaba en algo concreto.

Minutos más tarde Hattie volvió. Poco a poco iba recobrándose del terror. Su voz era casi normal cuando dijo:

—Están en camino, Cliff.

—Muy bien, siéntate aquí, a mi lado, y no temas nada.

Para ella, la pesadilla había terminado.

Para Farrell, todavía no.

CAPÍTULO XI

Había sido un día endiabladamente complicado y duro.

Parecía que todos los reporteros de la nación se habían dado cita en el edificio policíaco, asediando a los protagonistas del drama, mientras la maquinaria implacable de la ley realizaba el metódico trabajo de rutina.

En su despacho, al final de la tarde, el teniente Moore encendió un cigarrillo y gruñó:

—Se acabó. Esta noche voy a dormir como un bendito.

Farrell dijo:

—¿Olvidas a Bridgers?

—Los federales están buscándole. Eso es trabajo suyo.

—Y mío.

—No compliques otra vez la situación.

—Bridgers continúa pensando que el dinero está en mi poder.

Hará todo lo que esté en su roano para recuperarlo.

Moore suspiró.

—¿Y qué sugieres?

—Habla con esos chupatintas que esperan abajo. Diles que el dinero está en manos de la policía y así el maldito me dejará en paz.

Los ojos del policía chispearon.

—No puedo hacer eso, Cliff.

—¿Por qué no?

—Órdenes del FBI. Ninguna declaración, nada de revelaciones respecto al dinero ni a nada concerniente a este caso. Y no voy a jugarme el puesto sólo porque tú estés nervioso.

—Ya veo... Ése es el agradecimiento de los polizontes. Te entregué al loco homicida en bandeja, acabé con la amenaza que representaba ese tipo para todas las mujeres rubias de la ciudad, ¿y qué es lo que obtengo? ¡Que me elijan como carnaza!

—No desorbites los hechos.

—¡Qué desorbitar ni qué...! ¿Es que no es eso lo que pretenden? Mientras Bridgers crea que yo tengo el dinero, queda la esperanza de que venga a por mí.

—Díselo a los federales. Yo no puedo hacer nada en este asunto. Farrell le miró con la cólera reflejándose en sus pupilas.

—Está bien —dijo, levantándose—. En lo sucesivo, no te acuerdes ni de mi nombre, teniente.

Salió, cerrando de un portazo.

Se escabulló por el elevador del aparcamiento subterráneo, tomó su coche y salió disparado por la rampa hacia la calle.

Cuando llegó a su oficina lo hizo dando algunos rodeos, pero no le fue posible descubrir si alguien vigilaba los alrededores o no.

Todo el edificio comercial estaba silencioso y desierto. Firmó en el libro de la entrada y subió a su oficina, acariciando el revólver dentro del bolsillo.

La luz del pasillo brillaba ahora, y al abrir la puerta del despacho el oscuro interior expulsó una vaharada de aire viciado.

Encendió la lámpara y entró.

Tampoco allí había nadie esperándole.

Casi defraudado, se sentó al otro lado de la mesa y encendió un cigarrillo.

Después, descolgó el teléfono y llamó a Hattie.

—¿Dónde estás, Cliff? —quiso saber ella.

—En mi despacho. Espérame, te veré esta noche.

—Estuve esperándote toda la tarde, desde que los periodistas me dejaron tranquila.

—Muy bien, cuídate hasta que te vea.

Colgó y apuró el cigarrillo dejando trabajar al cerebro sin trabas de ninguna clase.

Oyó subir el elevador y se enderezó. El aparato se oía claramente ahora debido al pesado silencio del edificio. Lo oyó pasar hacia arriba y luego detenerse en el piso superior.

Farrell se deslizó fuera de la mesa y apresuradamente salió al pasillo. En dos zancadas estuvo en el recodo donde empezaban las escaleras y se agazapó allí.

No tardó en ver aparecer una sombra oscura por el otro extremo, alguien que descendía del piso de arriba.

La sombra avanzó con cautela, como si recelara de la luz que se

desbordaba por los cristales de la puerta.

Cuando entró dentro del cono de claridad, Farrell se dio cuenta de que el hombre empuñaba una pistola, que era alto y llevaba un sombrero.

Le reconoció por todo ello, porque el sombrero y la parte inferior del rostro eran las del chófer del «Cadillac» con el que intentaron llevarle a un viaje sin regreso.

De modo que al fin había llegado.

El individuo era Allen Bridgers...

Éste tanteó la puerta de la oficina, la abrió con silenciosa suavidad y se coló dentro.

Farrell salió de su escondite. Cuando asomó un ojo por la puerta abierta vio al intruso que tanteaba la correspondiente a la oficina interior.

Levantó su revólver y gruñó:

—¡Levante las manos, Bridgers!

Éste se puso rígido y después comenzó a elevar los brazos.

—¡Suelte la pistola!

Pareció que iba a obedecer también, pero con un rápido movimiento giró y disparó.

La bala alborotó los cabellos de Farrell, cuyo revólver vomitó una llamarada. Los dos estampidos casi se confundieron.

Bridgers se retorció y la pistola escapó de sus dedos sin fuerza. Asombrado, se miró la mano destrozada por la bala y luego levantó el rostro contraído por el dolor y la ira.

—Bueno, creo que usted y yo tenemos algunas cosas de qué hablar —dijo Cliff, entrando y cerrando a sus espaldas.

—¡Váyase al infierno!

—No quieren saber nada de mí en ese lugar.

Volteó la mano y le aplastó el revólver contra un lado de la cara.

Con un grito, el secuestrador cayó de espaldas, tratando de sostenerse la destrozada mano derecha con la izquierda, apretándola contra el pecho.

—Vino a por el dinero, claro.

—Como si no lo supiera...

—¿Por qué asesinaron a la pobre chica?

—No lo hicimos nosotros. Fue algo increíble... La dejé viva y sana cuando abandoné la casa... Cuando volví, alguien la había

destrozado...

—Ya veo.

—¡Tiene que creerme! No pensábamos hacerle el menor daño... Ni un rasguño, aunque no hubiesen pagado el rescate.

Cliff se sentó sobre el borde de la mesa y balanceando el revólver dijo:

—Sigue... No te guardes nada, camarada, porque siento unas ansias enormes de machacarte como a un reptil; así que adelante, cuéntame la historieta...

—¿Y el dinero?

—Eres idiota, por supuesto. Está en poder de la policía...

—¡Pero usted estaba en combinación con aquel maldito traidor...!

—¿Con Wilkins? Ahí es donde te equivocas. La maleta fue a parar a mis manos por equivocación. Wilkins las confundió en medio del barullo... Pero eso no importa. El dinero obra en poder de la policía.

—De modo que es así...

—Justamente. Y no quisiera estar en tu pellejo, camarada, porque vas a pudrirte en San Quintín.

—¿Qué ganaré si hablo?

—¿Qué esperas, un indulto por anticipado?

El criminal titubeó. La sangre le escurría de la cara y de la mano que sostenía amorosamente contra el cuerpo.

—Usted gana —murmuró, derrotado—. Fui un idiota al mezclarme en esto.

—Seguro. Y fue un idiota al asesinar a Bucky en la carretera, y a Wilkins en el coche frente a mi apartamento... Pero todo eso no importa ahora. Hable y terminemos.

Bridgers le miraba con los ojos desorbitados.

—Entiendo —jadeó—. Voy a contárselo.

CAPÍTULO XII

Se apearon del coche uno por cada lado, frente a la residencia del atribulado padre de la muchacha muerta.

Al reunirse en la cancela, Moore gruñó:

—Voy a restregarles el caso resuelto a esos pisaverdes de Washington por sus largas narices.

—Son capaces de empapelarte por pisarles el terreno.

Fue de nuevo Albin Caleb quien les franqueó la entrada.

Courtney estaba sentado en el salón, fumando un cigarrillo y con el mismo aire abatido que ya le conocían.

—¿Tienen noticias? —les espetó Caleb—. Los agentes del FBI dijeron esta mañana que estaban sobre la buena pista.

—Si ellos lo dijeron, debe ser verdad —razonó el policía.

Farrell terció:

—Creo que será mejor ir al grano, Moore.

—Es cierto. Bueno, hemos recuperado su dinero. El cuarto de millón de dólares está ahora en manos del fiscal. Pero le será devuelto cuanto antes...

—¿El dinero? —jadeó Courtney—. ¿Y mi hija?

—Bueno, éste... ya sabe...

Farrell le espetó:

—Su hija no volverá jamás, y cuanto antes acepte este hecho tanto mejor para usted, señor Courtney.

Caleb dio un salto.

—¿Cómo se atreve a hablarle en ese tono? —protestó.

—Está compadeciéndose a sí mismo. No le queda ni siquiera capacidad suficiente para odiar... para desear estrangular a los responsables de la muerte de su hija con sus propias manos...

Courtney se enderezó bruscamente.

—¿Quiere decir que saben quiénes son? —jadeó.

—Sí.

—¿Y... los han detenido?

—Sólo a uno, malherido.

Farrell intervino una vez más con su voz dura:

—Pero ellos no mataron a su hija, señor Courtney. Fue una fatalidad que la tuvieran en su poder, desde luego. Pero a ella debió matarla ese engendro que andaba suelto por la ciudad... Se coló en la casa, encontró a su hija indefensa y la mató en uno de sus ataques de violencia. Los secuestradores no pensaban hacerle el menor daño... aunque usted no hubiera pagado el rescate.

—No comprendo... ¿Quieren explicarse, por favor? Ellos aseguraron que la matarían si no pagaba todo el dinero...

—Era su papel, por supuesto. Dígame una cosa, señor Courtney. ¿Qué tal marchan sus negocios?

—No muy bien. ¿Qué tiene eso que ver con lo otro?

—Mucho. Usted, pagando ese dinero, quedaba prácticamente arruinado. ¿No es así?

Asintió con un gesto.

Farrell se volvió hacia Albin Caleb y le espetó:

—Y usted hubiera podido quedarse con todo el negocio, comprándole su parte a Courtney con su propio dinero... Con el dinero del rescate... Una maniobra redonda.

Caleb se echó atrás, pálido como la muerte.

Su socio balbuceó:

—¿Qué están diciendo?

—Lo ha oído. Caleb es quien organizó el rapto. Se puso de acuerdo con un estafador de poca categoría y le dio instrucciones. Nada de hacer el menor daño a la chica, y soltarla cuando él lo ordenara. Nadie contó con la fatalidad, en forma de maníaco homicida. Ni tampoco contaron con la escapada de Wilkins, el hombrecillo tranquilo que había quemado su vida detrás de los libros de contabilidad. El pobre tipo no pudo resistir la tentación y trató de huir con todo el dinero del rescate.

Caleb gruñó:

—Yo no tuve nada que ver con todo eso, Frank, créeme...

—Bridgers ha confesado —dijo el teniente—, así que no haga teatro a estas horas. He venido a detenerle por el asesinato de Wilkins, al que usted quería cerrar la boca y hacerle pagar lo que había hecho... y después ya incluiré todos los cargos que podrán

exhibirse contra usted.

Frank Courtney jadeó:

—Tú... Albín... Tú, que conocías a Virginia casi desde que nació...

—¡Mienten! No pueden probar nada de todo esto...

—Mejor será que cierre la boca. Ya hablará en mi despacho todo lo que quiera. Vamos.

Farrell sacudió la cabeza.

—Esta clase de tipos me ponen enfermo —comentó—. Por lo menos Bridgers tuvo agallas suficientes para defenderse. Puedes llevártelo, Moore. Yo no te acompaño.

—¿Por qué no, qué diablos tienes que hacer a estas horas?

—¿Olvidas quién está esperándome, viejo? Y además, ella estará deseando expresarme su agradecimiento por haberla librado del maníaco homicida...

—De modo que vas a pasarle la factura.

—Ni más ni menos.

Moore esbozó una mueca y empujó a Caleb hacia la puerta.

—Suerte —dijo—. Asistiré a tus funerales... este... a tu boda quiero decir.

Dio un empujón al derrotado Caleb, abrió la puerta y ambos salieron.

Frank Courtney balbuceó:

—No sé qué decir... cómo expresarle mi agradecimiento...

—Olvídese y ocúpese de vivir. Yo es eso lo que voy a hacer a partir de esta noche: Vivir.

Salió disparado.

Lo que estaba esperándole era suficiente para que la vida se le antojara distinta de cómo era antes de conocer a Hattie.

Y esa noche iba a comprobarlo... palpablemente.

Si no había más interrupciones, por supuesto.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



